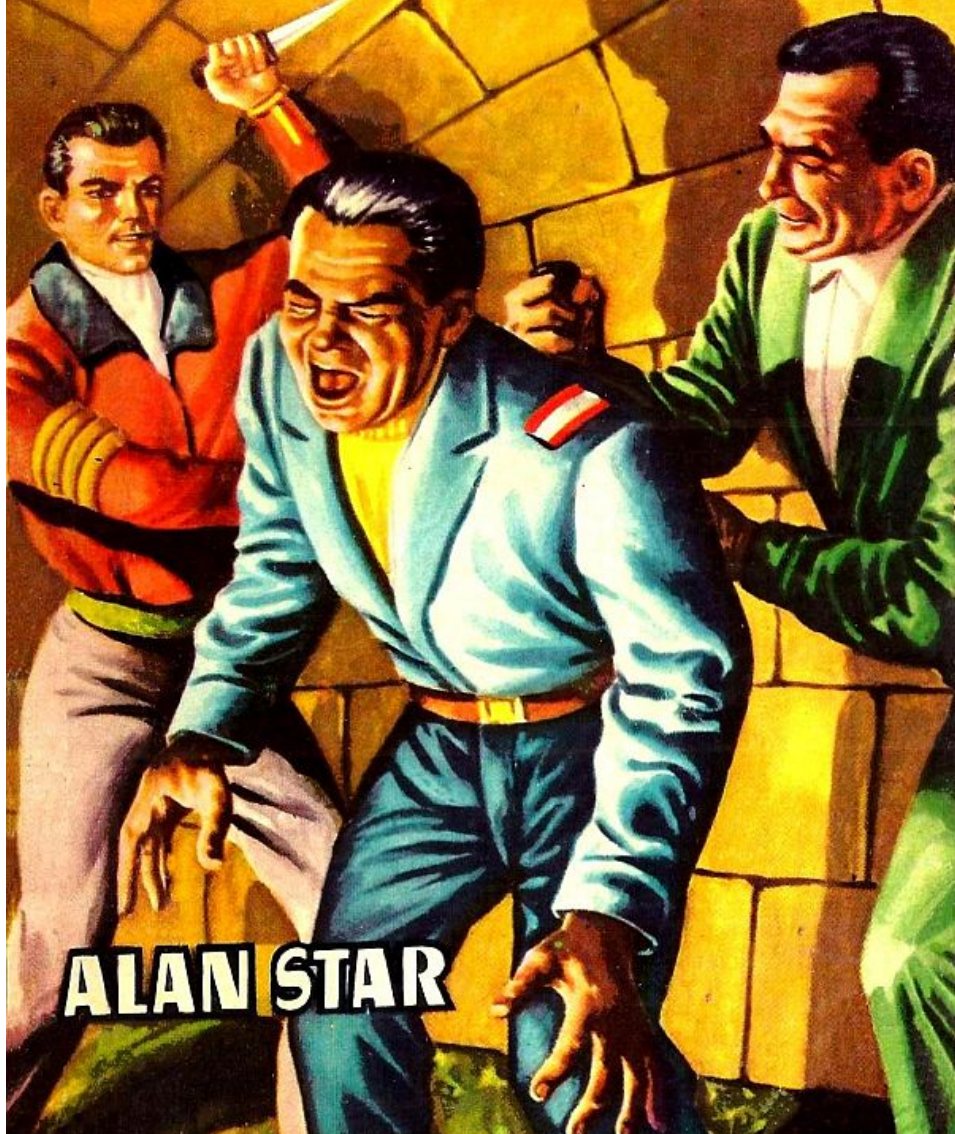


S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

HOMBRES SIN ALMA



ALAN STAR

HOMBRES SIN ALMA

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police) N.º 5

Todas las llamadas de urgencia debían hacerse, obligatoriamente, a través de un visófono, de modo a que la policía pudiese conocer el rostro del demandante que, sin que él lo supiese, era fotografiado mientras duraba la comunicación.

El rostro de una mujer se dibujó claramente en la pantalla.

No era muy joven, pero poseía aún el encanto de una belleza pasada. De todos modos, sus rasgos estaban ajados por el reciente llanto y tenía los ojos ligeramente hinchados.

Título Original: *Hombres sin alma*

©1959, Alan Star

©1959, Toray (España)

Colección: Spacial International Police

UUID: a34ecb58-f77b-46da-b514-bd936adb3564

Generado con: QualityEbook v0.84

HOMBRES SIN ALMA



HOMBRES SIN ALMA

por

ALAN STAR



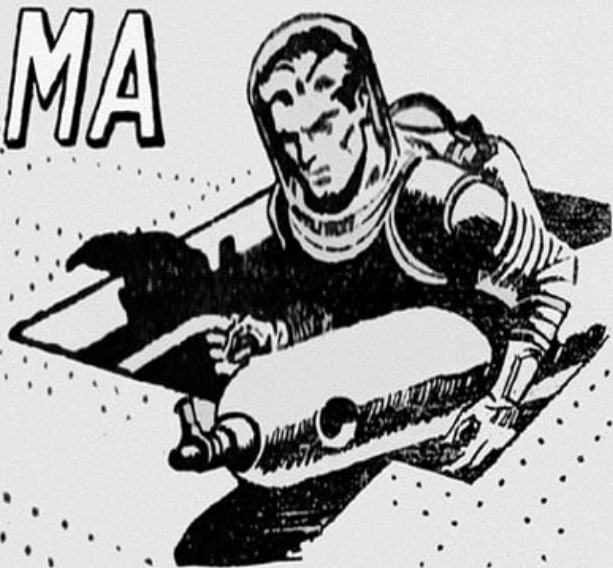
EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 — 63
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. —1959
Depósito legal: B. 1306 — 1960
Número de Registro: 6205 — 1959

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 — 53—
Barcelona

HOMBRES SIN ALMA



CAPÍTULO PRIMERO



El visófono de urgencia emitió su zumbido particular al tiempo que la luz roja parpadeaba con intensidad. Abandonando su asiento, el sargento de guardia, Lemond, oprimió el botón e hizo que la se iluminase.

Todas las llamadas de urgencia debían hacerse, obligatoriamente, a través de un visófono, de modo a que la policía pudiese conocer el rostro del demandante que, sin que él lo supiese, era fotografiado mientras duraba la comunicación.

El rostro de una mujer se dibujó claramente en la pantalla.

No era muy joven, pero poseía aún el encanto de una belleza pasada. De todos modos, sus rasgos estaban ajados por el reciente llanto y tenía los ojos ligeramente hinchados.

Lemond lanzó la frase de costumbre:

—Aquí la Comisaría Central. ¿Qué desea, señora?

Hubo una breve pausa y los ojos de la mujer se abrieron un poco más, dejando ver el borde rojizo de sus párpados que el llanto había alterado.

—Es por mi esposo, señor...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Hace dos días que falta de casa.

—¿Se disgustaron?

—No, en absoluto. Salió por la mañana y, a la noche, me dijo por teléfono que tardaría un poco en llegar. Solía comer en el

Espaciódromo.

—¿Qué profesión tiene su esposo?

—Ingeniero astronáutico. Se llama Lucas Brevier y tiene cuarenta y ocho años.

—¿Posee alguna fotografía reciente de él, señora?

—Sí, claro...

—Haga el favor de colocarla ante la pantalla.

—En seguida.

La imagen de la mujer desapareció unos instantes y poco después reaparecía. Llevaba una gran foto en la mano, que colocó como el sargento había dicho.

—Ya está. Puede quitarla de la pantalla... Veamos, ¿no ha observado nada raro en el comportamiento de su mandó en estos últimos tiempos?

—No..., es decir, el. Tenía fuertes dolores de cabeza, pero últimamente se le habían pasado.

Lemond frunció el entrecejo.

Por fortuna, la comunicación no se hacía, en cuanto a la imagen, más que en un solo sentido, de modo que si bien el policía veía la imagen de su comunicante, éste no podía ver nada.

Por eso no se dio cuenta del fruncimiento del entrecejo del policía.

—Muy bien, señora. Haremos lo imposible por comunicarle noticias lo antes posible.

—Muchas gracias.

Lemond hizo que la imagen desapareciese, yendo luego al extremo del aparato combinado, de donde extrajo todo lo que había dicho la mujer, inscrito por teletipo, así como su foto y la de su esposo. Metió la totalidad de los datos en una carpeta y, abandonando el despacho del primer piso, se dirigió a la tercera planta y llamó ante la puerta final del largo pasillo de aquel piso.

—Pase...

Entró, mirando al hombre, cincuenta años, cabellos plateados, ojos azules de mirada intensa, cejas pobladas y negras, formando un contraste con los cabellos canosos, labios delgados y frente amplia con muy pocas arrugas.

—¿Qué hay, Lemond?

—Otra desaparición, señor comisario.

—¿Quién es ahora?

—Un tal Lucas Brevier, ingeniero aeronáutico.

Lemond se acercó y acercó la carpeta sobre la mesa.

Abriéndola, el comisario Delahaut repasó los detalles, miró las fotos obtenidas por el visófono y volviendo a meter todo en la carpeta comentó:

—Éste hace el número ochenta y dos —dijo suspirando.

—Desaparecen como si se les hubiese tragado la tierra.

—Es verdad. Desde que vimos que el fenómeno se generalizaba, establecimos una vigilancia extrema en ferrocarriles, puertos, aeródromos y espaciódromos. Sin resultado.

Lemond no dijo nada. Se sabía todo aquello de memoria.

—Hemos de darnos por vencidos —encadenó el otro—. Esta misma mañana, después de repasar los expedientes de los otros ochenta y uno, he teleografiado a Washington.

—¿A la SIP?

Lemond preguntó:

—Sí. Callowan llegará antes de mediodía. Cogará el cohete intercontinental de la mañana. Naturalmente, vendrá solo, ya que tiene aquí agentes suyos que conocen mejor Francia que los que posee al otro lado del Atlántico. Veremos si esclarece este asunto.

—No le va a ser nada fácil:

—Me lo imagino. Más que hemos hecho nosotros... pero esos desaparecidos parecen borrados de este mundo. Sus fotos, sus detalles personales y las huellas dactilares de todos ellos han sido comunicados a todos los organismos policiacos del país e incluso a la SIP. Nadie los ha vuelto a ver.

—¿No los habrán matado, señor?

—¿Y los cadáveres?

—Destruídos.

—¿Todos? Es demasiado sencillo, Lemond. No se pueden hacer desaparecer casi cien cadáveres así como así. Incluso con un horno crematorio... No, no creo en su versión del asunto.

—No era más que una hipótesis, comisario.

—Lo sé. Pero, francamente, Lemond, ya estoy harto de hipótesis. Las hemos hecho de todas clases, de todas formas. Hemos intentado explicar este misterio de mil maneras diferentes. ¿Y qué hemos ganado? ¡Nada! Estamos como al principio.

Lemond se dio cuenta de que lo mejor era irse.

—¿Necesita algo más, señor?

—Nada. Muchas gracias. Puede disponer.

Y el sargento abandonó el despacho del comisario Delahaut, lanzando un suspiro profundo cuando la puerta se cerró tras él.

—¡Arreglado está ese Callowan! —exclamó, sintiendo conmiseración por un hombre sobre quien iba a recaer de lleno un problema tan insoluble como aquél.

* * *

Donald Callowan cerró los ojos. La aceleración del estrato-cohete intercontinental había cesado y el bólico, desde más arriba de la estratosfera, se dejaba caer ahora, dulcemente, hacia París.

El cerebro de Callowan no había dejado de funcionar un solo instante. Pero, lógico como era, se dijo que no iba a adelantar absolutamente nada torturándose las meninges en un esfuerzo inútil.

Verdad que conocía a grandes rasgos el problema que le había presentado la policía francesa; pero, desconfiando un tanto de los europeos, siempre inclinados a exagerar las cosas, prefería esperar a conocer personalmente el asunto, antes de seguir ahondando en él.

Por eso se puso a pensar en los agentes de la SIP en Francia.

Desde la Convención Internacional de 1988, los organismos policíacos de tipo superior se habían fundido en uno solo: la Spacial International Police, organización no solamente mundial, sino que atendía, como su nombre indicaba, a cuantos asuntos se presentaban en relación con los viajes espaciales y las colonias mundiales establecidas en Marte y Venus, recientemente, y desde 1975 en la Luna.

La necesidad de una policía, general, de un organismo verdaderamente mundial, se había impuesto desde que las naciones abrieron totalmente sus fronteras y la circulación entre los países no tuvo traba alguna. La vieja Interpol, ceñida a la idiosincrasia de cada país, dejó de existir, desmoronándose bajo su propio peso.

¿Agentes en Francia?

Callowan los repasó, mentalmente, uno a uno, hasta que con una sonrisa de satisfacción detuvo el desfile de imágenes que pasaba por su cerebro.

Claude Serveil.

Sí, era el mejor. Conocía a Claude y había visto llevar a cabo algunas misiones verdaderamente importantes. Ahora, junto a él, ya que

Callowan estaba dispuesto a no moverse de París hasta haber descifrado el problema, Claude tendría muchísimas posibilidades de salir triunfante.

Cuando poco después estuvo Donald cómodamente sentado en el despacho del comisario general Delahaut, todavía pensaba en Claude, al que había avisado, nada más llegar a París y con el que estaba citado aquel mismo día al anochecer en un hotel del centre de la ciudad.

Delahaut le había saludado cordialmente, impresionado por la presencia de un personaje de leyenda. En efecto, Donald Callowan era conocido en el mundo entero como el cerebro maravilloso que movía aquella red de agentes formidables que formaban la SIP.

Su fama era merecida y las organizaciones criminales se sentían mal cuando. Donald empezaba a interesarse por ellas.

Después de invitar a beber al ilustre huésped y cuando los habanos se hubieron encendido, Delahaut empezó a poner a Callowan en antecedentes:

—«Hace tres meses, exactamente —dijo—, comenzaron las desapariciones. Al principio, como usted comprenderá, no dimos al asunto más que una importancia relativa, esperando que los desaparecidos fueran encontrados por nuestros agentes; pero, cuando esto no ocurrió, aumentando por el contrario los que desaparecían, nos dimos cuenta de que el problema era mucho más grave de lo que creíamos.

»Como verá, por la relación que he confeccionado para usted, los desaparecidos pertenecen a muy distinta clase social y a profesiones las más dispares: hay mecánicos, astronautas, farmacéuticos, abogados, carpinteros, forjadores..., en fin, una amalgama de lo más tremendo.

»Y no vaya a creer que no pensamos en alguien que estuviese organizando una empresa fuera de la ley. Hemos pensado en todo, pero sin resultado positivo.

—¿Hay alguna cosa común entre esas personas?

—Si se refiere al aspecto físico, son completamente distintas; profesional-mente, existen algunas coincidencias. Pero hay algo que sí es común a todos.

—¿El qué?

—De las declaraciones de sus familiares o amigos, se desprende que poco antes de esfumarse, todos ellos sufrieron de dolores de cabeza.

—Es curioso.

—Muchísimo.

—¿Son todos ellos de París?

—No. La mayoría sí que es parisina, pero hay gente de Burdeos, Marsella, Lyon, Estrasburgo, Lile...

—Comprendo. ¿No se ha hecho petición alguna a sus familiares?

—¿Se refiere a pedir un rescate?

—Eso es.

—Ninguna. Sus familiares no han vuelto a tener noticia alguna de ninguno de ellos. La desaparición ha sido total.

—¿Se han encontrado cadáveres?

—Sí, pero ninguno correspondía a las personas desaparecidas. Siempre se encuentran cadáveres en una ciudad como ésta...

—Entiendo. Así, en total, no hay más que un rasgo común a todos los desaparecidos; es decir, dos.

—¿Dos? ¿Por qué?

—Porque todos son hombres, ¿no?

—No. Hay cuatro mujeres entre ellos.

—Ah, ese detalle me era desconocido. Queda, pues, el dolor de cabeza, de que todos ellos se han quejado antes de desaparecer.

Delahaut sonrió.

—No todos, señor Callowan; aunque podemos creer que sea una regla sin excepción. Los dolores de cabeza han sido anotados en todos los casos en que los desaparecidos tenían familia. Naturalmente, los que vivían en hotel o pensión no han podido dejar huella de esa dolencia puesto que no hablaron con nadie.

—Perfecto. Empezaremos a trabajar inmediatamente. Necesito, además de los historiales de todos los desaparecidos, sus nombres, direcciones y los de sus familiares, amigos, así como los de las casas en que trabajaban. Tendremos que hacer un estudio previo de todos ellos antes de poder dar el primer paso en firme.

Se levantó, estrechando la mano del comisario y abandonando el edificio se dirigió hacia el hotel donde había citado a Claude.

* * *

Claude echó al reloj mural una ojeada; después, pasando la tiza por el extremo del taco, se inclinó sobre la mesa de billar.

—Creo —dijo que podré hacer media docena más de carambolas antes de irme.

Su adversario en el juego, un hombre delgado, extremadamente

huesudo y con un aspecto desaliñado, sonrió.

—Tienes que hacer cuatro para ganarme; pero no te esfuerces: estás demasiado nervioso para lograr una más.

—¿Nervioso? Lo que tú quieres es influirme psicológicamente. ¡Todos los periodistas sois iguales!

Henri Duval, redactor de «France-Monde» era quizás el mejor amigo que Claude tenía en París; pero, a pesar de la amistad que les unía, desconocía la verdadera profesión de Serveil, creyendo que éste era el representante de una casa americana de «no-sé-qué». Después de todo Duval no se preocupaba «mucho de esos detalles. La habilidad de su amigo en el billar era lo único que le interesaba, así como la franqueza y e buen carácter del agente de la SIP.

Claude se inclinó, calculando la intensidad del golpe y la compleja mecánica que iba a mover las bolas al impacto del taco; después, resuelto, empezó con una carambola difícil, resolviéndola brillantemente; luego otra y otra...

Duval sonreía.

Cuando hubo hecho seis, el agente se detuvo y miró a su amigo.

—Estas dos últimas —dijo— han sido de propina. Ahora debo irme.

—Eres todo un tío. Pero alguna vez te ganaré. ¿Nos veremos luego?

—Creo que sí. Tú ve al club, como de costumbre. En caso de que no pueda acudir, te llamaré por teléfono.

—¿Faldas?

—¡Qué manía de meter las narices en los asuntos de todo el mundo! ¡Debías haber sido policía!

—No. Prefiero ser periodista. El policía está obligado a guardar el secreto de todo cuanto sabe; nosotros no. Esa es la diferencia.

Se estrecharon la mano y cuando Claude se alejaba, pregunto:

—¿Es rubia o morena?

Serveil se volvió a medias.

—Completamente calva —dijo con una sonrisa en los labios.

Una vez fuera del club, se dirigió al lugar donde había aparcado su coche, un hermoso Simca a doble reactor, dirigiéndose hacia el hotel donde su jefe le había citado.

Echó una ojeada al reloj de a bordo, viendo que tenía aún ocho minutos de tiempo.

Las incidencias de la partida desaparecieron de su mente para dejar paso al interés que había despertado en él la inesperada visita de

Callowan. Se imaginaba, no obstante, el motivo que había traído al jefe de la SIP a París. También le habían preocupado aquellas desapariciones misteriosas, de las que la Prensa había hablado largamente y no se necesitaba ser un lince para explicarse la presencia de Callowan en Europa.

¡Ya era hora de tener algo interesante que llevarse a la boca!

Hacía varios meses que ningún trabajo de envergadura le había ocupado y empezaba a aburrirse de veras. Algunas comprobaciones en la sección de narcóticos, vigilancia de viajeros espaciales, control de extranjeros: eso había sido todo.

Pero ahora la llegada de Donald significaba, sin ningún género de dudas que las cosas se iban a poner en movimiento.

Y Claude, pensando en lo que se le venía encima, sonrió satisfecho, seguro de que con la ayuda de Callowan terminarían descifrando aquel denso misterio de las desapariciones.

Pero estaba muy lejos de prever la explosión que estaba, a punto de producirse.

Capítulo

II



El hombre, elegantemente vestido, detuvo su magnífico turbo-automóvil junto a la entrada del edificio donde tenía su sede la casa productora de la bebida, no alcohólica, más importante de Francia.

Millones de europeos y gran parte de sudamericanos consumían aquel líquido amarillento cuyo nombre —«FranKola»— era famoso, como refresco, en el mundo entero.

El hombre, de mediana edad, atravesó el lujosísimo «hall», dirigiéndose a una cabina sobre la que se leía «Información». Preguntó allí por el director de la Firma y doce minutos después, tras haber escrito en una ficha el motivo que le había llevado, fue conducido por un empleado, uniformado en el color ambarino de la «FranKola», hacia el ascensor que le dejó, segundos más tarde, en la planta decimosegunda, ante la puerta del despacho del señor Convoi, director y jefe de Consejo de la casa.

El despacho, de dimensiones colosales, estaba profusamente iluminado, por un procedimiento artificial de reciente invención y su aire acondicionado respondía a las exigencias de cualquiera. Los muebles, metálicos y de líneas atrevidas, se codeaban con una biblioteca clásica en la que los libros habían sido forrados, íntegramente, en el color obsesivo de la bebida más popular de Europa.

Convoi tenía la ficha que le había sido transmitida desde «Información» y en la que el hombre, que en aquel momento penetraba en la estancia, había escrito algunas líneas con escritura apretada.

Convoi dijo:

—Tome asiento, por favor.

El desconocido obedeció, dejándose caer sobre un sillón picudo, cerca de la mesa de despacho.

Convoi miró al hombre con un interés nada simulado; después, con una sonrisa forzada, preguntó, curioso:

—¿Sabe, usted que los motivos que ha escrito aquí me han interesado y extrañado al mismo tiempo?

El otro sonrió, ligeramente, a su vez.

Pero no dijo nada.

El director se inclinó un poco sobre la mesa y leyó con voz clara:

—«Motivos de la visita: arreglar la delicada situación de la Firma de su dirección...» ¿No le parece un poco atrevido?

—¿Por qué?

Convoi dijo:

—Porque me gustaría saber cómo juzga nuestra situación «delicada».

—No puedo perder mucho tiempo —repuso el otro—. Por lo tanto, debemos evitar los juegos de palabras. Usted, tanto como yo, sabe que la situación de este negocio es delicadísima y que desde el estudio técnico que se ha hecho de la bebida que ustedes fabrican, va a impedirse su venta...

Convoi palideció un poco.

—¿Cómo se ha enterado usted de eso?

—No tiene ninguna importancia, señor... Lo importante es que la Comisión Química del gobierno ha encontrado que la «FranKola», aun no poseyendo alcohol alguno, no es buena para la salud pública, en la cantidad que se consume actualmente. Ésos son los hechos.

—¡Mentiras burdas!

—Dejémonos de frases, amigo mío. Lo que interesa ahora es impedir que un hombre, el profesor Tellier, termine su informe contra ustedes y los hunda definitivamente.

—Me pregunto cómo está usted enterado de todo eso. Son informes confidenciales, que sólo mi Consejo y yo...

—Sea como sea, acabo de demostrarle que lo sé. Y no sólo eso, sino que he venido a solucionar su problema.

—¿Cómo?

—Eso es cosa nuestra.

—Pero habrá un precio.

—Sí. Cien millones de francos y ustedes pueden seguir vendiendo su bebida con la misma tranquilidad que antes.

—¡Cien millones de francos!

—¿Lo encuentra exagerado? Son dos días de venta normal de su bebida. ¿O creía usted que no estábamos informados de su contabilidad? Esa cifra corresponde a la de los beneficios netos de una semana.

Convoi estaba asustado.

Por un lado, el que aquel hombre conociese tantos detalles íntimos de su empresa le ponía frenético y estuvo en un tris de pulsar uno de los botones de su mesa y entregar a aquel individuo a la policía.

Pero por otro lado, desde un punto de vista más comercial, no dejaba de pensar en que lo que le había dicho su extraño visitante era verdad y que la situación de la empresa estaba entrando en una fase crítica, cuya gravedad no hacía más que crecer.

Encendió un cigarrillo nerviosamente.

—Comprenderá usted —dijo con voz forzada, mordiéndose los labios— que su proposición ha de ser expuesta al Consejo.

—Se equivoca. Usted, según uno de los artículos de la Sociedad, está autorizado a obrar a su arbitrio en casos graves. Y éste es uno de ellos...

—Eso es verdad —confesó el otro.

El desconocido dijo:

—Si usted desea que la situación se arregle inmediatamente, no tiene más que decir una palabra. Si quiere hundir la empresa, nos veremos obligados a dirigirnos al resto del Consejo, pero ya no haremos más que informarlos.

La amenaza era clara.

Otra vez dudó Convoi en oprimir el botón, de llamada. La tranquilidad de aquel sujeto le ponía fuera de sí. Estaba acostumbrado a ser obedecido y a que nadie intentase oponerse a su manera de ser.

—Los cien millones —dijo el visitante— serán pagados una vez se realice el trabajo y cuando ustedes estén seguros de que el profesor Tellier no puede presentar ningún informe.

—¿Cómo van ustedes a impedirlo?

—Ya le he dicho antes de que eso era cosa nuestra. ¿Estamos de

acuerdo... señor director?

La cabeza le daba vueltas.

No iba a perder nada diciendo que sí, ya que le parecía tremendamente difícil, sino imposible, impedir que Tellier presentase su informe. El mismo, por medio de uno de los colaboradores de más confianza, había intentado entregar un cheque de importancia a Tellier y éste lo había rechazado indignado.

No, por el lado del profesor no había nada que hacer y aquella tentativa de corrupción, de la que el Consejo no estaba enterado, no podía más que aumentar la cólera del químico y hacer que el informe fuese, en lo posible, más desfavorable a la Compañía.

Convoi preguntó:

—¿A quién hemos de enviar el dinero... en caso de que aceptemos?

El otro sonrió.

—De eso no se preocupe. Ya se le avisará cuando el trabajo esté ultimado. Y si está pensando en engañarnos, pierde el tiempo. Usted mismo se dará cuenta dentro de poco de que no se puede jugar con nosotros impunemente.

Convoi tragó saliva, con visible dificultad.

Hubo una larga pausa.

Después, el director, bajando la cabeza, como un hombre vencido:

—Está bien. Acepto.

El hombre sonrió.

—Perfectamente. No se arrepentirá usted de haberlo hecho. Acaba de salvar a su empresa.

El desconocido se había puesto en pie y cuando se dirigía a la puerta:

—Pronto tendrá noticias interesantes —dijo.

Luego salió.

La puerta, con ojo electrónico, se cerró detrás de él y Convoi, con la cabeza entre las manos, se preguntó si no acababa de hundirse más al asociarse con aquel hombre y con los que detrás de él manejaban, sin duda, una organización que demostraba su poder al conocer íntimamente los secretos de una compañía como la suya.

* * *

—Todo lo que tenemos y, nada es lo mismo, muchacho. Por otra parte, el trabajo va a ser muy intenso, demasiado para una persona. Por

eso he rogado al comisario que vigile los domicilios de todos los desaparecidos.

—¿Cree que logrará algo con eso?

—No, ya lo sé, Pero me fastidia estar con los brazos cruzados. Es claro que tenemos que esperar algún acontecimiento para poder entrar en liza.

—¿Qué quiere usted decir?

Callowan se recostó en el sillón y encendiendo un nuevo habano dijo:

—Veamos... Un grupo de hombres y algunas mujeres han desaparecido misteriosamente. Estas desapariciones no están relacionadas con ninguna clase de delito que, por lo general, se presenta ante casos semejantes. No se ha pedido rescate a nadie, sus familias no han sido molestadas.... ¿Qué quiere decir esto?

—No lo sé.

Callowan dijo:

—Yo tampoco, pero es hora de empezar a usar el cerebro.

—Ya lo uso, señor, pero sin resultado —sonrió Claude.

—Igual me pasa a mí. De todos modos, estos tipos; que han desaparecido lo han hecho por algo. Y es premisamente éste «algo» lo que tenemos que esperar. Es como cuando, en el póquer, nuestro enemigo se ha descartado y mira sus naipes. No podemos saber nada hasta que tira las cartas. O, al menos, hasta que empieza a subir la apuesta.

—Comprendo.

»Por el momento, la vigilancia policiaca sigue siendo intensa. Fotos y datos de los desaparecidos obran en poder de todos los centros policiales del país. Si una de estas personas comete un error, estiremos entonces en condiciones de tirar del hilo de la madeja y conocer el motivo que les ha empujado a borrarse del mundo corriente.

Claude comentó:

—Es formidable. Por más que me rompo la cabeza, no encuentro ese dichoso motivo. Además, ¿no le parece raro que no se haya descubierto absolutamente nada en ninguno de los casos?

—Eso es lo que hace el problema importante. Las desapariciones, no hay duda, están ligadas a algo general, a un proyecto, a una idea criminal. Porque, si esa gente hubiese desaparecido, como tantos otros, por motivos sentimentales, comerciales o incluso delictivos, ya sabríamos algo. Uno de ellos, por ejemplo, se habría suicidado y

habríamos encontrado su cuerpo, el otro habría matado a su rival y conoceríamos los hechos. Pero, en este caso, en el que tenemos entre manos, no hay nada, ninguna huella, ningún indicio. Es, como dice el comisario Delahaut, como si la tierra se los hubiese tragado.

Claude preguntó:

—¿No habrán salido fuera de Francia, señor?

—Es imposible prácticamente, aunque podría ser en algunos casos, los primeros, cuando la policía no estaba aún en condiciones de comprender lo que pasaba; pero, además, está lo del dolor de cabeza.

—También he pensado en eso. ¿No se tratará de un caso de hipnotismo?

—No lo sé.

—¿Quizás algo de telepatía?

—Tampoco puedo contestar; pero, en ambos casos, los pacientes no se hubiesen quejado de cefaleas. Un hipnotizado no dice más que lo que interesa a su hipnotizador. En cuanto a una persona bajo influjo telepático, le ocurre lo mismo. Esto me ha hecho descartar ambas posibilidades.

—¿Entonces?

—No puedo contestarte, Claude. ¡Ojalá pudiera hacerlo!

Y como el muchacho no dijese nada continuó:

—Hay que esperar que descubran su juego. Te confieso que tiemblo que lo hagan y que, al mismo tiempo, deseo saber algo: sea lo que sea. Pero me imagino que no va a ser sencillo.

—¡Me fastidia estar con los brazos cruzados!

—Y a mí también; pero ¿qué hacer? —sonrió—. No te preocupes. No sé por qué, pero me imagino que vamos a tener que movernos rápidamente. Todo esto huele muy mal.

—Estoy pensando si todas esas personas no se habrán reunido por motivos particulares.

—¿Qué quieres decir?

—Que pertenezcan a una secta especial, a una creencia... a una sociedad secreta.

—Es posible, aunque tu idea no se mantiene lógicamente. Ninguna sociedad tiene tan pocos miembros. Además, ¿para qué desaparecer, en el caso que se tratase de algo de esto, si saben que van a llamar la atención? Una sociedad secreta procura antes que nada pasar desapercibida.

—Tiene usted razón.

Donald Callowan sonrió.

—¡Nada, muchacho! Lo que te decía antes... Hay que esperar. No nos queda otro camino.

* * *

La señorita Remy oyó perfectamente, a través de la ventana abierta, el ruido del coche del profesor Tellier. Bajo los neumáticos, al frenar el vehículo, la grava del jardín salió disparada hacia mil direcciones distintas, produciendo un sonido que Monique conocía de memoria.

Se levantó y se dirigió hacia la entrada del laboratorio. Las puertas se abrieron solas y el viejo Tellier, con una sonrisa que le flotaba sobre los labios, su sonrisa de siempre, saludó a la muchacha.

—¡Buenos días, Monique!

Ésta sonrió.

—Buenos días, profesor. Hay dos señores que le esperan.

—¿A mí?

—Sí. Les he llevado al saloncito.

El hombre se quitó la gabardina y Monique la colgó, junto al sombrero, devolviendo a Tellier la cartera que éste le había dado para desvestirse.

Con ella en la mano, penetró en el largo pasillo que llevaba al saloncito. Éste era utilizado muy raras veces, ya que Tellier no solía recibir visitas en el Laboratorio de Investigaciones Químicas y Biológicas.

Al abrir la puerta del salón, vio a dos hombres que se pusieron en pie cuando él entró. Uno de ellos, rubio, con rostro rosado y un tanto infantil, se adelantó, tendiendo la mano que el profesor estrechó.

—Soy el doctor Warrington, del I. C. R.

—Encantado.

—Éste es Thompson, mi ayudante.

—Siéntense, por favor.

Tellier conocía de nombre el importante Institute for Chemical Researches y le alegró tener de visita a dos compañeros de trabajo, en cierto modo.

Encendieron unos cigarrillos y después de una pausa dijo el llamado Warrington:

—El motivo de nuestra visita es el de ponernos en antecedentes de la

campana que lleva usted contra las bebidas tituladas «no alcohólicas». Nosotros, en los Estados Unidos, y como usted sabe, tenemos el caso de la «Panvital», una bebida que aunque no contiene alcohol...

Tellier sonrió.

—Ya hice algunos análisis de esa bebida —dijo—. Es muy parecida a la «FranKola»,

—Por eso hemos venido, profesor. Usted posee los argumentos para impedir un mal público que nosotros no sabemos cómo atacar.

—Es sencillo: en esta clase de bebidas, fabricadas todo a base de resinas, se encuentran cuerpos químicos, de estructura cerrada y cuyas características se aproximan mucho al alquitrán. Ya saben ustedes que esa clase de compuestos son altamente cancerígenos.

Siguió explicando.

Los otros le escuchaban con una atención creciente y cuando Tellier hubo terminado.

—¡Es fantástico! —exclamó el doctor Warrington—. Verdaderamente sensacional, Claro que usted se habrá servido de técnicas especiales para analizar esos líquidos.

Tellier afirmó:

—Sí. De no haber inventado el grupo de los reactivos «betha», que todavía no he hecho públicos, jamás hubiera logrado demostrar la existencia de grupos cancerígenos en las bebidas.

—Qué interesante! —dijo el ayudante de Warrington.

—Lo malo —siguió éste— es que no poseemos esos reactivos. —Y, mientras tanto, se venden cada día millones de botellas, cansando un mal enorme.

—Por eso no tienen que preocuparse. Luego les daré las fórmulas... Pero ahora —y abrió la cartera, sonriendo con orgullo— voy a enseñarles el informe completo que dirijo al gobierno para que esa actividad comercial cese inmediatamente.

Era un voluminoso montón de folios mecanografiados, repletos de fórmulas complejas.

—Voy a leerlo —dijo.

—¿No cree que le estamos molestando demasiado?

Tellier sonrió.

—No. Esta mañana estaba dispuesto a leer esto y lo hubiese hecho a mi secretaria de no haber estado ustedes; pero, como ya comprenderán, prefiero leerlo a unos colegas que comprenderán perfectamente el proceso de mis ideas... Es muy curioso... Escuchen.

Y se inclinó para empezar la lectura.

Justamente, en aquel momento, el llamado Thompson se había levantado y acercado al profesor, como si deseara oír mejor lo que éste iba a leer, Pero, en realidad, lo que hizo fue sacar un largo puñal y hundirlo en la espalda de Tellier.

El otro le imitó.

Golpearon salvajemente al profesor, dejando los cuchillos en el cuerpo.

Warrington se había apoderado de los papeles que metió en la cartera, cerrándola cuidadosamente. Después, colocándola bajo la gabardina, salió, seguido del otro, cerrando la puerta del salón tras ellos.

Monique estaba en su despacho, ante la máquina de escribir y se levantó al verlos llegar.

—Muchas gracias, señorita.

—¿Ya han hablado con el profesor?

—Sí. Hemos tenido una conversación muy interesante Adiós.

—Adiós, señores.

Las puertas se abrieron y momentos más tarde, ya otra vez ante la máquina, Monique oyó la grava disparada bajo los neumáticos del coche que acababa de ponerse en marcha.

Capítulo



EN el despacho del comisario Delahaut, Callowan y Claude, en cómodos sillones, esperaban que el comisario empezase a hablar.

Les había llamado con urgencia, la expresión de su no podía ser más sombría.

—Lo que usted esperaba ha llegado, señor Callowan. —¿A qué se refiere?

—¿Recuerda que el otro día me dijo que tendríamos que esperar el momento en que descubriesen su juego?

Claude sonrió. Igual se había expresado Callowan ante él.

—Pues —prosiguió el comisario— la primera jugada está aquí.

Y señaló la carpeta.

—¿De qué se trata?

—El profesor Tellier ha sido bárbaramente asesinado en su laboratorio oficial. Dos hombres, tras esperar a que llegase, en la mañana de ayer lo apuñalaron con un salvajismo tremendo.

—¿Y qué relación tiene eso...?

—Completa. Las huellas dactilares encontradas en los mangos de los puñales y en los muebles del saloncito corresponden a las de dos de los desaparecidos: Lionel Warren, de origen inglés y Francois Siton. Los dos vivían en París.

—¿Profesión?

—Warren era químico y Siton farmacéutico.

—Muy interesante. ¿Fueron vistos por alguien?

—Sí, por la secretaria del profesor Tellier, la señorita Monique Kemy.

—¿No se dio cuenta de nada?

—No. Creía que el profesor, después de recibir a los dos desconocidos, se había ido a trabajar a su laboratorio. Más tarde, ya cerca de las dos y extrañada que Tellier no hubiese dado señales de vida, solía pedir un café hacia las once, le llamó por la central, sin que contestaran. Fue después al saloncito y halló el cadáver de su jefe en medio de un tremendo charco de sangre.

—¿Han robado algo?

—Una cartera que contenía no sé qué informes confidenciales sobre las bebidas no alcohólicas.

—Eso puede interesar a «FranKola».

—Ya he pensado en ello, pero no he querido dar ningún paso antes de hablar con usted.

—Gracias.

Hubo una pausa.

Después, Donald Callowan, volviéndose parcialmente hacia Claude, comentó:

—Ya ves, muchacho, que han descubierto el juego. Ahora, por lo menos, sabemos que los desaparecidos, por motivos que ignoramos, han organizado un «gang» importante, cuyo primer objetivo ha sido asesinar a ese profesor y apoderarse de ciertos informes. El objetivo aparece claro.

Claude preguntó:

—¿Chantaje?

—¡Naturalmente! Hay que hablar con la dirección de esa casa de bebidas no alcohólicas y prevenirles de lo que se les va a echar encima.

—¿Y respecto a los asesinos?

Donald Callowan meditó unos instantes.

—Tú, Claude, vas a ir a visitar a esa secretaria. Llévate las fotos de los dos hombres. Están en la carpeta, en la habitación del hotel.

Claude abandonó la comisaría. En su coche fue al hotel y poco después estaba en el Laboratorio, donde se había rogado a Monique que siguiese, por el momento, prestando un servicio normal. Naturalmente,

dos agentes de policía estaban estacionados ante la puerta.

Serveil mostró a los centinelas su carta de la SIP y penetró después en el edificio. Una vez dentro se dirigió hacia el despacho de la secretaria, cuya puerta estaba abierta.

La muchacha levantó la cabeza, mirando al recién llegado.

—Buenos días —saludó éste.

—Buenos días.

—Soy Claude Serveil, de la Spacial International Police.

—Siéntese, por favor.

Claude vio que la muchacha seguía muy afectada, pero aquello no restaba una onza a la belleza maravillosa de Monique. Rubia, alta, esbelta, de ojos verdosos, poseía un rostro que hubiese merecido aparecer en la primera portada de todas las revistas del mundo.

—Vengo —dijo él, procurando evitar la turbación que había experimentado ante la joven— para enseñarle unas fotos que, estamos seguros, coinciden con los dos hombres que estuvieron ayer aquí.

Ella se mordió los labios.

—Estoy deseando hacer algo para que se castigue a esos criminales, señor Serveil ¡Es infame lo que han hecho!

Claude abrió la carpeta y colocó sobre la mesa las fotos de Warren y sin ton.

—Son éstos, ¿verdad?

Monique contempló largamente ambas cartulinas; después, frunciendo el ceño, dijo:

—No, no son estos hombres.

—¿Eh?

Tuvo que frenar su impulso, ya que iba a decirle que no podía ser, puesto que las huellas encontradas por la policía en el saloncito del laboratorio correspondían a aquellos hombres.

Pero se contuvo a tiempo.

—¿Está usted... segura?

—Por completo. Uno de ellos era alto, rubio, con una nariz perfecta; el otro era moreno, nariz aguilena y ojos intensamente negros. Ninguno de estos dos hombres se les parecen en nada.

Claude frunció el entrecejo.

¿Trasplante de Huellas?

Ya había conocido un caso parecido, pero la operación era muy difícil y jamás se lograban resultados claros.

Mostró a la muchacha las otras fotos, con la esperanza de que conociese a alguno.

Pero el resultado fue completamente negativo.

Claude dijo:

—Está bien, señorita Remy. Lamento haberla molestado.

—Más lo lamento yo, pero no la molestia, que no ha sido, ninguna sino que no hayamos logrado nada.

Claude se puso en pie.

—Sé llevaron informes valiosos, ¿verdad?

—Sí —repuso ella—, aunque quedaban otras notas, muy importantes, que yo guardaba por orden del profesor.

—¿Sigue teniéndolas?

—No. Un policía vino a por ellas.

—Bien. No la molesto más.

Estrechó la mano de la joven y abandonó el laboratorio.

Después de telefonar a Callowan, quedó citado con éste en el hotel.

Su jefe estaba afeitándose. La máquina eléctrica susurraba dulcemente.

Callowan terminó, penetrando en la salita dónde el joven se había sentado.

—¿Qué hay?

—Las fotos no coinciden.

—Es imposible.

—Ya lo sé, pero la muchacha recuerda perfectamente a los visitantes de ayer mañana y no es ninguno de esos dos tipos.

—Esto se complica. ¿Sabes que he estado charlando con el director de la «FranKola»?

—¿Y qué?

—Estaba temblando. Es un tipo lleno de temores y terminó confesándome que había recibido la visita de un tipo que le prometió evitar que el informe de Tellier llegase al Gobierno... a cambio de cien millones de francos.

—¡Sopla!

—Convoi, que así se llama el director, está aterrado y prefiere todos los informes a verse mezclado en un asesinato.

—¿Le ha aconsejado no pagar, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Es la única oportunidad que nos queda.

—No comprendo.

—Pues está clarísimo, Claude. Ese dinero tendrá que entregarse a alguien y ese alguien caerá en nuestras manos.

—¿Y si no es más que una cabeza de turco?

—Me extraña. Cien millones no se confían a nadie en quien no se tenga mucha confianza.

—Es verdad.

—Convoi ha quedado en llamarme en cuanto tenga noticias.

—¿No le importa ya que el informe llegue al Gobierno?

—En cierto modo, no. No es tonto. Sabe que, si nos ayuda, nosotros intervendremos para que las autoridades hagan la vista gorda y el informe tarde lo bastante en hacerse público para que ellos modifiquen la bebida y no tengan nada que temer. Así se lo he prometido, pero a cambio de una confianza, plena.

—No ha sido mala jugada.

—No tenemos otra alternativa. Ya sabemos que esos desaparecidos han tomado, con toda claridad, el camino del crimen y el chantaje y que no retrocederán así como así.

—¿Y lo de las huellas?

—No me lo explico; pero, por el momento, lo que necesitamos es echar el guante a uno de ellos. El resto ya, nos lo explicarán.

* * *

Louis Convoi se limpió el sudor que perlaba su frente prolongándose, en una calvicie precoz, hacia la parte posterior de la cabeza.

Miró la ficha.

Se la acababan de traer y los motivos del visitante estaban claramente inscritos en ella, con la misma letra que la vez anterior:

«Recibir una cantidad ya fijada.»

Normalmente, Convoi debía haber preparado el dinero, ya que recibió aquella misma mañana una llamada telefónica anunciándole la visita para las once de la mañana. Pero, él había telefoneado, a su vez, a la policía, como había prometido a Callowan.

El jefe de la SIP, que le llamó poco después, le había aconsejado obrar de otra forma y no preparar el dinero. El visitante no saldría solo del edificio de la Sociedad: una red de agentes y policías habían tomado el edificio y apresarían al chantajista en cuanto penetrase en el despacho de Convoi.

Pero éste no estaba tranquilo.

Todo aquello era demasiado extraordinario para un hombre que se había limitado a vender botellas, por millones, a todo el mundo. No, no estaba acostumbrado a aquellas cosas y deseaba que todo terminase cuanto antes.

La luz fotoeléctrica conectada con el pasillo aumentó su terror, al encenderse, pues indicaba que el visitante se acercaba a su puerta.

Después de dudar unos segundos, Louis oprimió el botón que abría su despacho.

El visitante entró.

Era el mismo de días anteriores.

—¡Hola, señor Convoi! Ya se habrá dado cuenta de que cumplimos nuestra palabra.

Era, sin duda, una invitación a que él, a su vez, cumpliera la suya.

Las luces del despacho seguían apagadas.

Aquello quería decir que la policía no se había decidido a avanzar hacia allí y que él debía distraer un poco al visitante.

El sudor le pegaba la ropa al cuerpo.

—No nos ha gustado mucho el procedimiento... —murmuró, por decir algo.

—¿Qué insinúa usted?

—Que no pensábamos que fuese necesario matar al profesor.

—¡No sea usted estúpido! Tellier era la única persona capaz de dañar a su negocio. Sus fórmulas le permitieron hacer el informe que ahora obra en nuestro poder.

Aquella frase puso en guardia al director de la «FranKola».

—¿Trae usted ese informe?

El otro sonrió.

—¿Nos ha tomado usted por idiotas? ¿Y el dinero?

—Ya está preparado.

—Bien, puede dármelo.

El sudor se hizo más frío en la espalda de Convoi. Pero, para su suerte, en aquel momento, las luces del cuadro que había sobre la mesa del despacho se encendieron, demostración de que la policía se había decidido a intervenir.

—¿Qué significan esas luces? —inquirió el desconocido, frunciendo el entrecejo.

—Es una llamada... sin importancia.

Convoi sonrió, pero la expresión aterrorizada de su rostro no podía

convencer a nadie.

Y menos al otro.

El hombre llevaba una cartera grande, de cuero grisáceo, dedicada sin duda al dinero que pensaba recibir. La abrió, parsimoniosamente, sacando un pequeño objeto negro, muy parecido a un reloj.

—¿Qué es eso...? —inquirió el director.

—Nada. Un recuerdo de familia... ¿Y el dinero?

—Ahora lo traerán.

La mirada angustiada de Convoi se dirigió hacia la puerta, deseando que ésta se abriese y la policía irrumpiese en la habitación, apoderándose de aquel individuo, que parecía no haber perdido la serenidad un solo instante.

Por fin se oyeron pasos al final del pasillo.

—Ya traen el dinero —dijo Convoi.

El otro sonrió de una manera muy extraña.

—Ha hecho mal en no cumplir su palabra, Convoi. Muy mal.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hubiese sido mejor para usted el hacer las cosas bien.

Oprimió un botón en aquella especie de reloj negra que seguía en su mano.

—¿Sabe lo que es esto?

—No...

—Una bomba; un artefacto con una carga lo suficiente para que usted y yo volemos en el momento en que se abra esa puerta.

Convoi se llevó las manos a la garganta.

Se ahogaba.

—No... no puede ser... —balbució—. Usted no puede hacer eso...

—Todo depende de que me diga la verdad. ¿Quién viene por el pasillo?

—La... la... policía... ¡Pero yo les voy a ordenar que no entren! ¡No fue mía la culpa!

El otro sonrió sardónicamente.

—Demasiado tarde, amigo mío...

En efecto.

Alguien abrió la puerta y en aquel momento el hombre oprimió un segundo botón... el verdadero.

Una llamarada cegadora borró la luz del día que penetraba por los amplios ventanales. Inmediatamente la explosión, salvaje, brutal, lo

conmovió todo, haciendo saltar las cosas, convertidas en polvo y proyectiles de todas clases.

—¡Al suelo! —tuvo tiempo de gritar alguien, en el fondo del pasillo.

De todas maneras, los dos agentes que estaban junto a la puerta, uno de ellos, la había abierto, se vieron lanzados violentamente contra las paredes del pasillo, perdiendo el conocimiento. En cuanto a los otros, recibieron una bocanada de humo, aire ardiente y algunos objetos que salieron disparados desde el despacho y que, por fortuna, no causaron más que algunas heridas leves.

El sargento Lemond, que dirigía la operación y que fue quien gritó en el momento preciso, se lanzó impetuosamente hacia adelante, después de levantarse el primero, pero tuvo que esperar que el humo producido por la explosión desapareciese por completo.

El espectáculo no era nada agradable.

Convoi, el director de la «FranKola» y el desconocido no eran más que dos masas destrozadas y sanguinolentas. Los muebles estaban igualmente hecho pedazos y las paredes se habían agrietado en muchos sitios.

Dejando un par de agentes en la puerta, con orden de que no dejaran entrar a nadie, Lemond, con los puños apretados, salió de la estancia, dirigiéndose a la primera oficina que encontró y desde donde telefoneó al comisario general.

Después, ayudado por uno de los técnicos de la policía, que había llevado con él, desmontó las cámaras cinematográficas empotradas en las paredes del pasillo, en el «hall» y en el ascensor.

Dos especialistas en dactiloscopia estaban fotografiando las huellas que el visitante había dejado en el sillón que ocupó mientras esperaba ser recibido, en el despacho de información y en el ascensor, así como en los dos cigarrillos que fumó, parcialmente, y que había aplastado contra el cenicero situado al lado del asiento donde estuvo, en el vestíbulo.

Una vez recogido todo aquel material, Lemond esperó la llegada de otro equipo de técnicos y dos médicos forenses, a los que guió hasta el despacho de Convoi.

Tres horas más tardé la totalidad de las fuerzas policíacas, excepto los que seguían vigilando la entrada del despacho del infortunado director, abandonaron el edificio comercial de la «FranKola».

Capítulo

IV



ADAME SERVELAIN —la voz de Donald Callowan era dulce, como convenía a las circunstancias—: vamos a proyectarle un film y desearíamos que nos dijese si conoce a la persona que aparece en él.

—Bien, señor.

Donald se volvió hacia Claude, que estaba junto a la máquina, haciéndole un gesto.

Las, luces se apagaron y el haz luminoso se reflejó en la pantalla, apareciendo seguidamente las imágenes, en color, y en las que pudo verse la llegada de un hombre al «hall» del edificio. El hombre se sentó, después de escribir una ficha en el despacho de «Información», fumó dos cigarrillos, de los que no extrajo más que unas cuantas chupadas y se dirigió después hacia el ascensor, seguido por la cámara.

La secuencia cambió allí y se le vio, junto al ascensorista, hasta que una nueva cámara, esta vez en el pasillo, lo tomó durante el trayecto por aquella parte del edificio, abandonándolo definitivamente cuando atravesó la puerta del despacho del director.

Encendióse la luz de nuevo.

Donald se volvió hacia la mujer, esperando que ésta rompiese el silencio.

—No le conozco, en absoluto —dijo ella.

—¿Seguro, señora Servelain?

—Seguro.

Una sonrisa apareció en los labios de Callowan.

—¿No le recuerda a alguien? ¿En su aspecto, en su forma de andar, de fumar...?

—No, no me recuerda a nadie.

—Está bien. Le estoy muy agradecido por su amabilidad al venir aquí, madama... ¿Quieres acompañarla, Claude?

—Sí, señor.

Al quedarse solo, Callowan volvió a sentarse y encendió un cigarrillo.

Luego, cuando su ayudante entró en, la sala, dijo:

—Seguimos teniendo mala suerte.

También Claude se dejó caer en un sillón.

—¡No lo entiendo! Las huellas de ese tipo eran, sin duda alguna, las de Emíle Servelain, uno de los desaparecidos... y su propia mujer no le conoce!

—Así ha pasado, en efecto.

—¿Y no ve usted ninguna explicación a esto?

—Creía tenerla, ya que pensé que se trataba de cirugía estética. Los desaparecidos podían cambiar de rostro..., pero no de forma de andar. Por eso le pregunté a esa señora si no le recordaba a nadie. Los Servelain llevaban veinte años casados. Ella tenía que haber visto algo familiar en ese hombre.

—¡Si hubiésemos podido cogerle vivo!

—No hablemos en hipótesis; por favor, Claude. Justamente, el que ese hombre haya afrontado la muerte con tanta sangre fría es lo que hace cambiar totalmente el aspecto del problema.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no puedo creer que un criminal esté dispuesto a suicidarse así como así. Ya los conoces, amigo mío: matan, pero no se matan. Un delincuente acorralado se deja matar pero después de llevarse por delante cuantos puede.

—Eso es verdad.

—En este caso, nos encontramos, por primera vez, con un hombre que se suicida antes de caer en manos de la policía. Más que nunca, estoy convencido de que nos hallamos, ante una secta de fanáticos, algo extraño y pavoroso que va a darnos muchos dolores de cabeza.

Claude sonrió.

—Qué no sean, al menos, como los que sienten esos tipos antes de desaparecer...

Callowan no contestó. Estaba, reflexionando, ya que empezaba a estar más que harto de tener que esperar a que los otros, fuesen quien fuesen, exhibiesen su juego para poder orientarse un poco.

—Creo que ha llegado el momento de que digamos también nuestra, palabra —dijo.

—¿Cómo?

—No lo sé aún, pero pronto encontraré la manera de hacerlo. Por ahora, voy a descansar un rato y pensar todo lo que pueda. Tú, por el momento, tienes el día libre.

—Bien.

* * *

Claude entró en el club, aunque tenía más ganas de irse al hotel; pero, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en lo ocurrido y su mente no descansaba un instante de buscar una solución a aquel problema aparentemente insoluble.

Había descartado el trasplante de huellas y también era imposible que, como decía Callowan, una cirugía estética, por muy excelentes resultados que obtuviese, pudiera modificar una serie de detalles que hiciesen que la esposa de un hombre no encontrase nada que le recordase a su marido en un individuo «que poseía sus huellas dactilares».

¿Cuál era la solución?

—¡Hola, gran hombre!

Serveil se volvió, estrechando la mano del periodista.

Claude saludó:

—¿Qué hay, Duval?

—Nada de particular; es decir, que estoy muy enfadado contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Vamos a beber un trago.

Se dirigieron hacia una mesa apartada y una vez fueron servidos por uno de los camareros.

—¿Qué motivos te he dado para que estés enfadado, Henri?

El otro sonrió.

—Eres muy listo, pero yo creí que no me ocultabas nada.

—¿Quieres acabar de una vez?

—Claro que sí —y engolando cómicamente la voz—. ¡Te saludo, agente de la SIP!

—¿Eh? ¿Has perdido la chaveta, Duval?

—No.

—Lo que acabas de decir es una majadería.

—No disimulemos, amigo. Ya sé que eres un agente; pero no tengas cuidado: no diré nada a nadie.

Serveil se dio cuenta de que, en efecto, no valía la pena seguir negando; pero, deseando conocer la fuente de información:

—¿Cómo lo has adivinado, Duval?

—Eso es un secreto que no puedo descubrir, Claude.

—¡No me vengas con estupideces!

—No lo son. De verdad —agregó con voz sombría.

Claude se mordió los labios.

No era que el que su amigo conociese su identidad le molestase hasta tal punto, pero lo que le irritaba era que Henri defendiese un «secreto» que hubiese deseado conocer.

Además, ¿cómo diablos se había enterado Duval de que él pertenecía a la SIP?

¡Como si no tuviese bastante, problemas en la cabeza! —Terminó de beber el contenido del vaso y propuso:

—¿Jugamos urna partida de billar, Henri?

Deseaba convencer a su amigo que debía decirle quién había descubierto su identidad. Era mucho más importante de lo que el periodista se imaginaba.

¿Qué diría Callowan al enterarse?

—Lo siento, Claude —repuso el otro—, pero debo ir al dentista para que me empaste una muela. Me han recomendado uno estupendo, pero no estoy muy convencido: es uno de esos tipos que colocan dientes naturales magnéticos.

Claude aseguró:

—Yo llevo dos y nunca he notado nada. Como si fuesen míos.

—¿De verdad?

—Sí. Mira, estos dos...

Y abrió la boca, señalando las dos piezas que le habían colocado en los alvéolos por el nuevo procedimiento.

—¿No te dolió nada al principio?

—En absoluto. Puedes ir con toda confianza.

Duval se levantó.

—Bueno. Espero que mañana nos veamos por aquí. Jugaré contigo, Claude. Y no me ganarás.

Serveil clavó su mirada en los ojos del otro, interrogando:

—¿No quieres decirme quién te ha dicho que soy de la SIP?

Henri sonrió, con un asomo de tristeza.

—Lo lamento, amigo mío; pero empené mi palabra de honor. Adiós.

El agente se encogió de hombros, irritado en su interior, viendo cómo su compañero se alejaba.

Bebió otra copa y abandonó el club, dirigiéndose hacia su coche. Justamente, en aquel momento, un vendedor de periódicos le ofreció uno y el agente lo compró. Lo abrió mientras se acercaba al coche.

Se quedó con la boca abierta.

Era un ejemplar del «France-Monde» y, en primera página, a doble columna y con titulares gigantescos, se decía que él, Claude Serveil, agente destacado de la SIP en Francia, estaba en el buen camino para descubrir el misterio de los hombres desaparecidos en el país.

—¡Maldito charlatán! —exclamó.

Tenía que hablar con Callowan enseguida, sin perder tiempo. Aunque, adivinaba lo que su jefe iba a decirle:

«Lo lamento, Claude, pero un agente cuya identidad se ha descubierto tiene que cesar inmediatamente en un asunto como éste. Le enviaré a otro sitio...» ¡Era para desesperarse!

En el hotel se encontró con una nueva sorpresa.

¡Donald había desaparecido, yéndose de allí sin dejar dirección!

Naturalmente, se había llevado todo el equipaje.

Loco de rabia, Serveil abandonó el hotel y cuando conducía el coche de una manera automática se percató de que Callowan debía de haber leído el periódico y cortado el contacto con él definitivamente.

Callowan, que estaba en el hotel con un nombre falso, no deseaba, y eso era evidente, seguir manteniendo relaciones con uno de sus agentes, cuya fotografía había aparecido en la prensa.

¡Estaba claro como el agua!

Apretó el acelerador, alejándose de la ciudad, como si deseara sentirse solo para meditar con eficacia.

¿Qué iba a hacer ahora?

Estaba, como se decía en el argot del Servicio, «quemado»; es decir, descubierto, inutilizado por el momento... o para siempre.

Frenó en medio de la autopista del Norte, diciéndose que debía saber, costase lo que costase, quién había informado a Duval de su identidad verdadera.

¡Aunque por aquel motivo tuviese que enfadarse con el periodista!

Volviendo el coche hacia la ciudad, apretó el acelerador a fondo, pasando por el club, donde le dijeron que Duval no había regresado aún. Luego fue a su casa, dispuesto a esperarle hasta que regresase.

Henri Duval tenía un cuarto de soltero en la calle de Víctor Hugo, en un edificio antiguo, pero lleno de encanto. La portera conocía a Claude y salió de su cuchitril en cuanto le vio llegar.

Le saludó:

—¡Buenas tardes, señor!

—¡Hola, buenas tardes! ¿Está Henri?

—No.

—¿No han vuelto aún? Creo que fue al dentista y...

—Sí. Regresó ya, pero ni siquiera subió a su piso.

Me pidió un vaso de agua para tomarse unas pastillas. Me dijo que le dolía horriblemente la cabeza.

De repente Claude sintió frío, sin saber por qué.

—¿La... cabeza?

—Sí —repuso la portera, mirando con extrañeza al joven e intentando comprender qué tenía de raro que le doliese la cabeza a Duval.

—¿No sabe dónde fue?

—No.

—Bien, muchas gracias.

Volvió nuevamente al club, donde le repitieron la misma respuesta que la vez anterior.

Henri no había regresado.

Aburrido, subió al coche una vez más, dando una serie de vueltas, sin itinerario fijo, dejando que su cerebro trabajase sobre todo lo ocurrido en aquel fatal día. Pero lo que más le preocupaba era lo del dolor de cabeza de Duval.

Al recordar la expresión de la portera, no pudo por menos que sonreír, diciéndose que se había dejado influir demasiado por el caso que había estudiado y que Henri tuviese cefaleas no tenía importancia

alguna, ya que habría miles o millones de personas que sufrieran dolores de cabeza sin tener que desaparecer como los otros.

¡Pero Duval había desaparecido!

—¡Cálmate, Claude! —se dijo, en voz alta. Duval no puede darse por desaparecido; al menos por el momento. Esperaremos un poco más... y veremos lo que pasa...

Pensó ir a ver al comisario general, pero abandonó la idea inmediatamente, ya que si Callowan se había esfumado voluntariamente, él no debía forzar en modo alguno los deseos de su jefe.

—¡Soy una calamidad!

—Necesitaba un trago, más que nada. Y se detuvo ante un bar, aparcando el vehículo y penetrando en el local.

Se subió a una de las banquetas del mostrador,

—Un «whisky» —pidió.

El «barman le sirvió lo que había pedido y el joven se llevó el vaso a los labios.

—Buenas noches —dijo alguien a su derecha.

Se volvió, entornando los ojos, al tiempo que sonreía.

—¡Pero si es la señorita Remy!

Monique sonrió a su vez.

—La misma. Cuando le vi, le recordé enseguida. Y me congratulo de haberle encontrado. Porque deseaba hablar con usted.

—¿Aquí? ¿Quiere beber algo?

Ella denegó con la cabeza.

—No, aquí no... hay demasiado ruido. ¿No podemos ir a otra parte?

—Donde usted quiera. Tengo el coche ahí afuera. ¿Vamos?

Pagó la consumición y salió con la muchacha, abriéndole la portezuela del vehículo para que penetrase. Luego se sentó ante el volante.

—¿Dónde quiere ir?

—Es igual. Un lugar donde podamos charlar con tranquilidad.

Claude dirigió el auto hacia las afueras de París, deteniéndose en uno de los numerosos bares, más allá del Bosque. Sé sentaron en una mesa un tanto apartada.

Claude pidió dos combinados y cuando el camarero, después de servirles, se alejó.

—¿Qué quiere usted de mí, señorita Remy?

—¡Llámeme Monique, por favor!

—Como usted quiera.

Hubo una pausa.

—Verá usted, señor Serveil.

—Claude, por favor —corrigió él sonriendo.

—Verá usted, Claude... Yo le he mentado,

—¿De veras?

—Sí. Cuando me preguntó si el profesor tenía algo importante en el laboratorio, le dije que había un cuaderno con fórmulas muy interesantes...

—Sí, ya recuerdo. Me dijo usted que la policía se lo había llevado.

—No era cierto.

—¿Entonces?

—Ese cuaderno lo tengo yo.

—¿Por qué lo ha guardado usted?

—Porque tenía que cayese en manos... no sé cómo decirle. El cuaderno contiene notas importantísimas y el pobre profesor me dijo que era lo más interesante que había hecho en toda su vida.

Claude sonrió.

—Bien, pero yo creo que todo eso ya no tiene tanta importancia. El asunto está arreglado y la banda de chantajistas y asesinos no debe pensar más en ello.

Monique dijo:

—¡Cuánto me alegro de que sea así! Pero, de todos modos, no me he separado del cuaderno ni un solo instante... hasta que lo entregué.

—¿Ahora es de verdad?

—Sí —y ellos sonrió, enrojeciendo un poco—. Yo tenía mucho miedo de llevarlo encima, pero tampoco quería ir a la policía porque temía que me dijese algo duro por no haberlo entregado a su tiempo.

—Bien hecho.

—Por eso, cuando he sabido que lo había puesto en buenas manos, me he alegrado mucho.

—¿Qué quiere decir en buenas manos?

—Verá usted. El cuaderno me quemaba en el bolsillo. Deseaba entregarlo a alguien de confianza; pero era tal mi miedo que se lo di a un hombre, arrepintiéndome después de haberlo hecho. Estaba dispuesta a ir a la policía cuando leí el periódico.

—¿«France-Monde»?

—Sí. Leí el artículo de su amigo y respiré tranquila.

—Todavía no entiendo nada.

—¡Pero si está clarísimo, Claude! Yo había entregado el cuaderno al periodista y luego me tranquilicé al ver que era un amigo suyo. También me enteré, al mismo tiempo, que usted no era policía, sino agente de la SIP.

Serveil hizo cuanto pudo por dominarse.

Cuando lo logró dijo:

—Así que usted entregó el cuaderno a Duval. ¿Por qué? ¿Cómo lo conoció?

—Vino a entrevistarme en el Laboratorio. Le encontré simpático, leal y muy buena, persona.

—Lo sé.

—Charlamos mucho tiempo y me convencí de que él podía guardar el cuaderno por un poco de tiempo. Le consulté y se prestó, encantado de poder servirme. Me dijo que se lo llevaría a la policía; pero, después, cuando leí lo del periódico, me imaginé que se lo había entregado a usted.

—No, no me ha dado nada.

—Se lo habrá llevado a Prefectura, ¿no lo cree?

—Es posible. Pero vamos a salir de dudas ahora mismo.

¡Era demasiado!

Llamó a Delahaut, pidiendo perdón por dirigirse a él y diciéndole que no le molestaría más. Le, explicó que estaba «quemado» y que no pensaba intervenir en el asunto.

El comisario le dijo que nadie había entregado nada.

Luego telefoneó a la casa de Duval y la portera le dijo que no había regresado aún. En el club le dieron idéntica respuesta.

Volvió junto a la muchacha.

—¿Ha pasado algo malo? —inquirió ella, al ver la ceñuda expresión de su rostro.

—No, pero tengo que buscar a Duval. Y no pararé hasta que le encuentre.

Capítulo

V



El hombre había esperado dos días para ser recibido por el ingeniero jefe de la Red Francesa de Monocarriles. Cuando penetró en el despacho, Antoine Clemont se levantó, sonriente, tendiendo su fuerte mano, que el otro estrechó con cordialidad.

—Tome asiento, por favor, señor Corvell.

El otro lo hizo y el ingeniero le invitó a fumar, un hermoso habano. Los dos cigarros dejaron escapar densas volutas de humo azul.

—Usted también es ingeniero, ¿verdad, señor Corvell?

—Sí.

—En la carta que recibí, hace unos días, pidiendo una entrevista, hablaba usted de ciertos procedimientos para aumentar la seguridad de los viajes, ¿no es eso?

—Sí.

El otro sonrió.

—Precisamente, ha sido eso lo que despertó mi curiosidad. Porque los Monocarriles son completamente seguros y no puedo, concebir ninguna innovación a ese respecto.

—Pues la hay.

—Permítame que lo dude, amigo mío. La Red Francesa de Monocarriles lleva seis años en pleno funcionamiento y no se ha registrado, en este tiempo, un solo accidente. La seguridad es completa.

En cuanto a la velocidad, sepa usted que se han conseguido medias horarias de trescientos kilómetros, con puntas de quinientos.

—Lo sé.

El ingeniero sonrió al preguntar:

—¿Y cree usted todavía que necesitamos más seguridades?

—Indudablemente.

—Lé escucho.

Hubo una pausa.

Después el visitante comunicó:

—Yo no estoy autorizado, señor Clemont, a describir nuestros procedimientos de seguridad; pero puedo darle pruebas si, desgraciadamente, usted se niega a creerme.

—No le entiendo.

—Pues es muy sencillo. Ustedes pagan sesenta millones al mes y la seguridad de los Monocarriles será completa.

—¿Eh?

Los ojos del ingeniero jefe se abrieron como platos.

Durante cerca de un minuto, su rostro pasó del rojo intenso al blanco casi puro; luego, preguntó con voz dura:

—¿No está usted intentando amenazarme?

—En absoluto. Podemos hablar como técnicos. Yo le propongo una seguridad completa y solicito el pago de una cantidad que no es nada exagerada.

—Pero...

—Déjeme seguir, por favor. Ustedes, debido a las seguridades que están convencidos de poseer, fijan unos seguros astronómicos a los viajeros, de tal modo que han desbancado casi, complejamente los viajes aéreos dentro de Francia. ¿No es cierto?

—En cierto modo, sí.

—Lo sé. La cifra de seguros empeñados en un solo viaje alcanza, generalmente, a ciento ochenta millones de francos. Si se suma la letalidad de viajes al cabo del día, sesenta y ocho en total, podremos encontrar una cifra que no se exagera al calcularla, como astronómica.

—¿Cómo conoce esos detalles?

—Eso no importa ahora. Sigamos hablando, Ustedes, para aumentar la confianza de los viajeros, se comprometen a pagar no solamente las indemnizaciones del tren siniestrado, en el caso de un accidente, sino que pagarían a todos, los viajeros que, en cualquier itinerario de la Red,

hubiesen utilizado el Monocarril en el día del siniestro. ¿Es cierto?

—Eso hace que los pagos se eleven, sin contar las pérdidas de material móvil y de estructura, a cerca de mil quinientos millones. ¿No le parece insignificante; la cifra que solicito?

—¡Es absurdo! ¿Con qué derecho se atreve a...?

—No perdamos el tiempo, amigo mío. He venido a por una respuesta —afirmativa.

—¡Está usted loco! ¡Voy a llamar a la policía!

—No lo haga. Le dije antes que le daría una prueba. Y créame que lamento hacerlo.

—¿Qué quiere usted decir?

El otro sonrió.

—Todavía está usted a tiempo: sesenta millones ahora mismo o mil quinientos de pérdidas.

—¡Váyase de aquí!

—Un momento. Usted estaba dispuesto a telefonar a la policía, ¿verdad?

—Es lo que voy a hacer ahora mismo, si no sale de aquí.

—Bien. ¿Por qué no llama a Lyon?

—¿Qué insinúa usted?

—La «Flecha Azul», uno de los más importantes monocarriles de la Red, acaba de salir, hace muy poco de Lyon. Pronto llegará a la curva más importante de la línea, un poco antes de Nimes... ¿Quiere usted que se produzca un accidente en aquel punto?

—¡No se producirá!

—No sea fatuo... ¿Qué ocurriría si el maquinista frenase, en plena curva cuando, el monocarril la toma a trescientos ochenta kilómetros a la hora?

—¡Eso es absurdo! No frenará.

—Pero ¿y si lo hiciese?

El otro no contestó. Gruesas gotas de sudor helado perló en la parte alta de su frente, junto a la raíz de los escasos cabellos que cubrían su cabeza.

—¡Usted es un demente! —exclamó, fuera de sí—. ¡Váyase ahora mismo o no respondo!

La sonrisa del otro no se borró de sus labios.

—Hace mal en ponerse así.

—¡Fuera!

—¿Por qué no llama a Lyon?

—¡Fuera de aquí!!

El visitante se levantó; pero, cuando se dirigía a la puerta, se volvió. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Es usted un completo imbécil. Pero volveré... y, si se le ocurre llamar a la policía, cuando venga a visitarle, peor para usted.

La puerta se abrió, gracias a su célula fotoeléctrica, cerrándose detrás del desconocido.

Antoine Clemont se dejó caer en su sillón, sacando un pañuelo para enjugarse el sudor que ahora empapaba su rostro.

Tenía que llamar a la policía.

Por suerte, ninguna clase de sabotaje podía cometerse en el tendido de la Red, ya que los monocarriles, sobre las pirámides de cemento armado, estaban fuera del alcance de manos criminales y protegidos por un sistema de alambradas eléctricas y mecanismos de alarma.

Había sido un tonto en asustarse.

—Voy a llamar a la policía —dijo en voz alta, tendiendo la mano hacia el visófono.

Pero, en aquel momento la pantalla se iluminó, dejando ver el rostro de uno de los jefes de Movimiento General.

—¿Qué hay? —inquirió Antoine, plenamente convencido de que se trataba de una rutinaria cuestión de trámite.

—¡Señor! —exclamó el otro—. ¡El «Flecha Azul» se ha estrellado en los alrededores de Nímes!

—¿Eh?

—Sí, señor... Fue al tomar la curva número tres. Los aparatos de control han registrado un frenaje al máximo.

—Pero...

¿Para qué preguntar más?

Cortó el contacto y salió, como una bala, dispuesto visitar la zona del desastre y maldiciéndose, interiormente, por no haber escuchado al hombre que, momentos antes, había abandonado su despacho.

* * *

Callowan se llevó a los labios la taza de café que madame Delahaut le había preparado. El comisario, sentado al otro lado de la mesa minúscula que sostenía el servicio, encendió un cigarrillo.

—Deseaba verlo, señor Callowan, para comunicarte los resultados

asombrosos que los técnicos han obtenido en ambos casos.

—Le escucho.

—Ya sabe que lo del Monocarril ha sido provocado por los chantajistas.

—Sí. Ya me dijo usted, el otro día que el ingeniero jefe estuvo en su despacho.

—Estaba deshecho. Nunca he visto a un hombre tan afectado como él. Casi lloró al relatarme la visita.

—Naturalmente, fuimos a su despacho y se hizo un estudio del sillón donde había estado sentado en visitante.

—¿Huellas?

—Sí. Corresponden a uno de los desaparecidos, como era de esperar.

—¿Quién?

—Jules Cortau, ingeniero de Caminos. Dio otro nombre pobre señor Clement.

—¿Le hicieron ver las fotos de ese Cortau?

—Sí; pero, como siempre, no se trataba del mismo hombre. ¡Es para volverse loco! Huellas que coinciden y fisonomías que no coinciden.

—No es ése, por el momento, el problema primordial, sino descubrir qué hay detrás de esa organización criminal. Siga usted diciéndome lo que encontraron los técnicos.

—Eso es lo curioso. En el despacho del desdichado director de la «Frankola» y entre los restos del tren, monocarril, exactamente en la cabina del conductor, se han hallado pequeñas porciones de platino.

Callowan se extrañó.

—¿De qué?

—De platino, como lo oye. Eran dos masas semejantes, aplastadas y desfiguradas, de un peso aproximadamente idéntico: noventa gramos, más o menos.

—¿No entra el platino en la composición de los trenes?

—En absoluto. Como tampoco debe entrar en la construcción de un despacho.

—Pero el señor Convoi podía tener algún objeto de ese metal: un pisapapeles o una figurilla cualquiera.

—No, no tenía nada de platino. Sus secretarios han declarado que no había nada de ese metal en el despacho. Además, no me dirá usted que la coincidencia no es significativa, ya que se ha encontrado la misma cantidad en la cabina del tren, siniestrado. Allí sí que no deba a haber

nada de platino.

—Es muy raro...

—Como todo lo de este asunto. Los técnicos han examinado el metal y han dicho que el platino se había fundido, en los, dos casos, por explosión: la de la bomba en el primero y la de los reactores en el del tren. La enorme temperatura impide saber si estaban en algún sitio concreto, cosa que se hubiese descubierto en cualquier otro caso.

—¿Qué quiere usted decir?

—Imagine que se tratase, por ejemplo, de un objeto que se lleva en el bolsillo. A pesar de la explosión, si el calor hubiera sido menor, hubieran quedado fibras del tejido adheridas al metal. Por desgracia, en este caso, no se ha encontrado nada.

—¿Para qué demonios llevaban platino esos hombres?

—No lo sé. Ya ha sido una victoria saber que el conductor de la «Flecha Azul» había sido admitido en la Red hacía pocas semanas y que se le confió tal caso por la pericia que demostró en los exámenes de clasificación. Sus huellas dactilares, como usted sabe, coinciden con uno de los desaparecidos.

—¿Cómo es que la Red no comunicó el ingreso al ver las huellas?

—No las tomaron ellos. Si sabemos que se trata de Charles Porter, uno de los desaparecidos, es porque analizamos las huellas dejadas en los objetos de su traje, que guardaba en la estación, cuando vistió el uniforme de conductor.

—Entiendo.

Hubo una larga pausa; luego, el comisario:

—Yo no sé, francamente, por dónde atacar el problema.

—Hay que esperar.

—¿Le dije que me llamó su agente Serveil?

—Sí, ya me contó usted lo del célebre cuadernito.

—¿No lo cree?

—Así como así. Un agente, que se hace «quemar» de manera tan absurda, tiende siempre a hacer méritos para que le perdonemos su falta.

—Ya veo.

—Claude no puede ser utilizado en este caso y espero que no se le meta en la cabeza trabajar por su cuenta y riesgo. Todo el mundo le conoce y sería perder lamentablemente el tiempo.

—¿Cuál cree usted que será la reacción de los bandidos, ya que no

han sacado nada en limpio de sus dos intentos de chantaje?

Donald sonrió.

—No sea usted niño, amigo mío. Estoy completamente seguro de que tanto la «FranKola» como la Red de Monocarriles pagarán, sin decimos nada. Han cogido miedo y procurarán vivir tranquilos.

—Es posible.

—El objetivo que perseguían los chantajistas ha sido logrado, aunque les haya costado dos hombres... ¡Y eso es lo que me, saca de mis casillas! Que dos tipos se suiciden de esa manera... ¡Vaya, no lo comprendo!

—Usted habló de una sociedad secreta, de fanáticos...

—¡Bah! He reflexionado mucho y no me convence demasiado esa idea. Sobre todo cuando se ve claramente que lo que buscan es dinero, dinero en cantidad. No, amigo mío: es una banda de granujas, pero de granujas extraños, capaces de suicidarse para... ¿para qué, en realidad? Sólo puede haber un motivo que les empuje a la autodestrucción.

—¿Cuál?

—¡B1 que no sepamos el misterio de las huellas y los cuerpos distintos! ¿No se da usted cuenta?

El otro asintió:

—Sí. Y quizá también para que no sepamos la significación de ese trozo de platino que se ha encontrado en ambos casos.

—Puede que tenga usted mucha más razón de la que se imagina, señor Delahaut. De todos modos, hay que esperar. A lo largo de mi carrera, he hecho mío un viejo refrán chino... «No te excites y espera... el que te echó de su casa, con cajas destempladas, vendrá a la tuya a pedirte un poco de agua y un pedazo de pan.» No sé si será verdad, pero el tener paciencia ha sido siempre una de mis mejores cartas.

* * *

Sabía que corría peligro, ya que ellos ignoraban que el Servicio había prescindido de él; pero, de todos modos, estaba dispuesto a buscar a Duval y arrancarle, por la fuerza, dos cosas: la identidad del hombre que le había dicho que pertenecía al Servicio... y el cuaderno del profesor Tellier.

¡Aunque tuviese que romperle la cabeza a golpes!

Recorría la ciudad, de un lado para otro. Había olvidado afeitarse y muchas veces no comía, cenando en cualquier sitio. En «France-Monde»

no sabían absolutamente nada de Henri, como tampoco en su casa ni en el Club.

Pero Claude no desesperaba.

Conocía todos los rincones que su amigo solía visitar y los recorría, sin ceder al cansancio ni a la desesperación, dispuesto a aclarar las cosas en cuanto le echase el guante encima.

Pero, en el fondo, no tenía, mucha esperanza en volver a verlo.

Así, cuando una noche, cansado, penetró en el Club, y lo vio, se detuvo, asombrado, no dando crédito a sus ojos.

—¡Duval!

El otro le miró, frunciendo el entrecejo. Y cuando el agente se acercó a él, impetuoso, cogiéndole de ambos brazos, se desasíó un tanto brutalmente.

—¿Qué desea?

—¡Soy yo, Henri!

—¡No le conozco! ¡No le he visto en mi vida!

Claude se quedó parado, durante unos segundos, sin saber cómo reaccionar ante la absurda postura de su amigo. Había allí, en el Club, seguramente, personas que podrían atestiguar que les habían visto mil veces juntos: el encargado de los billares, por ejemplo...

Pero Duval, con una mirada helada, rompió las reflexiones del otro:

—Déjeme en paz. Debo irme.

Serveil se hizo a un lado para dejar pasar al otro que, con paso tranquilo, se dirigió hacia la puerta de salida.

Fue entonces cuando Claude reaccionó.

Había luchado demasiado para encontrar a su amigo y no podía dejar perder aquella magnífica oportunidad.

Salió corriendo, justo para ver que Henri llamaba a un taxi. Sin dejar de correr, Serveil llegó a su coche, lo puso en marcha y siguió al vehículo que Duval había tomado y que se alejaba ya calle abajo.

¡No le dejaría escapar!

Había prometido saber la verdad y estaba dispuesto a dar de puñetazos a Henri para que recobrase la memoria.

¿Recobrar la memoria...?

Recordó entonces la expresión del rostro del periodista, llegando a la conclusión de que el joven estaba bajo estado hipnótico, aunque hablase y se moviese con una naturalidad completa. Por otra parte, aquélla era la primera vez que se había hallado el rastro de uno de los

desaparecidos, la primera vez que era seguido y —sonrió— la primera que iba a descubrirse donde se reunían aquella peligrosa pandilla de suicidas locos.

En el fondo, se alegró que Duval no le hubiese reconocido, ya que aquello iba a proporcionarle la ocasión de saber muchísimas cosas y de ayudar a la SIP, a pesar de que Callowan, con toda la razón del mundo, había roto las amarras que le unían a su agente.

El taxi de Duval se detuvo, media hora después, en una calle, en los alrededores de la plaza de los Vosgos. Descendió el periodista, cruzando al otro lado y siguiendo su camino a pie.

Claude le imitó.

Poco después, Henri penetraba por una puerta pequeña, que indudablemente era la del servicio de la finca, desapareciendo de la vista de su perseguidor.

Cruzando la calle, Serveil vio que la puerta estaba entornada, y penetró, decidido a todo, con los puños cerrados y dispuesto a abrirse paso fuese como fuese.

Un pasillo mediocrementemente iluminado apareció, ante él. Al fondo, como pudo comprobar instantes después, el pasillo se terminaba en una escalera que descendía hacia el sótano.

Claude sacó su pistola, empezando a descender aquella escalera helicoidal con todo cuidado.

El silencio era completo.

Una vez abajo, desembocó en otro pasillo, semejante al anterior, pero cuyo final no era completamente visible, ya que la única bombilla que lo iluminaba era insuficiente y estaba casi en el comienzo.

Pero, a pesar de la poca iluminación allí reinante, vio inmediatamente el cuerpo de Duval que yacía hacia el fondo, en una postura grotesca, como la de un muñeco desarticulado.

Claude gritó:

—¡Henri!

Corrió, seguro de que algo grave debía de haberle ocurrido a su amigo, quizás al darse cuenta, los otros, de que era seguido.

No abandonó, no obstante, las precauciones y se inclinó sobre el cuerpo de Duval, sin dejar de vigilar, al mismo tiempo, las tinieblas del fondo. Empuñaba la pistola y estaba dispuesto a utilizarla a la menor alarma.

—¡Claude!

La voz de su amigo le hizo un efecto profundo, llenándole de sincera

alegría al ver que le recordaba de nuevo.

Aquello fue su perdición.

Al inclinarse un poco más, perdió de vista la mano derecha del periodista que, armada de una porra, se abatió, con una violencia extraordinaria, sobre su cabeza, haciéndole ver una iluminación cegadora, que precedió al hundimiento de su ser en lo más hondo de una inconsciencia fulminante.

Capítulo VI



El dolor de cabeza seguía hiriéndole bien el interior del cerebro, cuando se despertó muchísimo después.

No estaba ya en el pasillo y la bombilla amarillenta que colgaba del techo le hizo ver una habitación cuadrada, con las paredes húmedas y sin más muebles que un catre infecto, una mesa desvencijada y un taburete de tres patas, con una de ellas mucho más corta que las demás.

Claude no se atrevía a moverse.

Le habían dejado sobre el mísero lecho y tardó bastante tiempo en decidirse a ponerse de pie. El dolor de cabeza, no era ya tan fuerte como cuando despertó y no sintió mareo alguno al incorporarse.

—¿Dónde estaba?

Poco a poco, la memoria fue hilando detalles hasta que recordó todo, incluso el golpe que Duval le había propinado arteralmente. Al recordar aquella escena, no se sintió dolido por el golpe de Henri, ya que estaba completamente seguro de que el periodista obraba bajo la acción de la mente de un tercero, pero se llamó idiota en su fuero interior por no haber sospechado la trampa que tan estúpidamente le habían tendido.

Había obrado como un principiante.

Comprobó que le habían quitado el revólver, pero que no tocaron ninguno de sus otros objetos. Y así pudo encender un cigarrillo, que le

supo a gloria, animando su cerebro a trabajar un poco sobre todo aquello.

Ahora no podía caberle la menor duda de que los desaparecidos obraban bajo la acción de alguien que les dominaba por completo. No podía decidirse por la palabra «hipnotismo», porque el aspecto de Duval no era el de un hombre sometido a la acción de otra mente, sino que parecía completamente normal y obraba como tal.

¿Entonces?

Luchó por encontrar la solución, pero inútilmente.

Lo importante era saber que los desaparecidos estaban bajo el poder de alguien que nos dirigía, todavía no sabía cómo. Y así podía explicarse el que, una vez perdidos y para no comprometer al que los guiaba, se suicidasen, como en el caso del visitante de Convoi o como el del conductor del «Flecha Azul».

En ambos casos, los interesados no había dudado un solo instante en poner fin a sus vidas, acto antinatural que ningún ser en sus cabales realiza. Pero los desaparecidos, obrando mentalmente por cuenta de otro, no poseían la fuerza del instinto de conservación y obedecían ciegamente las instrucciones que les habían dado.

El descubrir que había alguien detrás de aquello, algo tremendamente inteligente y cruel al mismo tiempo, fue una satisfacción que le hizo olvidar por unos instantes su calidad de prisionero.

Fue más tarde, cuando la puerta se abrió dejando ver a un par de tipos armados de sendas pistolas, cuando la realidad le golpeó en plena cara, haciéndole ver que todo lo que sabía podía perderse en pocos instantes, el tiempo que uno de aquellos tardase en apretar el gatillo.

—Ven con nosotros.

Ninguno de ellos parecía «controlado» y, sin embargo, Claude notó que tampoco eran completamente normales. Una sensación extraña se producía al verlos, algo incoherente y sin precisión.

Le hicieron recorrer el pasillo, subiendo después por la escalera de caracol; pero, para demostrarle que no dormían, uno de ellos pasó delante, formando una barrera armada cuando llegaron al pasillo superior que conducía directamente a la calle.

El que iba detrás se adelantó y abrió una puerta en la que el agente no se había fijado. La puerta estaba a la derecha y no era visible desde el principio del pasillo.

—Pasa por aquí.

La habitación donde le llevaron no era mucho más elegante que su celda, a pesar de unos viejos muebles funcionales, que debían de tener medio siglo y que estaban desvencijados y medio rotos.

Había una mesa de despacho de patas metálicas y una mujer detrás. Claude la miró.

No le costó ni una décima de segundo el recordar aquel rostro, que pertenecía a una de las desaparecidas: la señora Luvier, si mal no recordaba.

Eso era: Yvonne Luvier, una mecanógrafa que vivía con su madre del lado de Charenton.

—Siéntese ahí, Monsieur.

Obedeció.

Hubo un largo silencio; después la mujer se excusó:

—No deseábamos hacerle daño, señor Serveil. Queríamos que usted contestase a unas preguntas nuestras... sin dificultades.

—Veamos.

—¿Usted es Claude Serveil, agente de la SIP?

—No ves ningún misterio para nadie, a menos que no haya leído los periódicos en estos últimos días.

—Muy gracioso. Sigamos... ¿qué saben ustedes concretamente de nosotros?

—Lamento no entenderla. Porque primero me gustaría saber quién está detrás de esa palabra: nosotros.

—Nada más fácil de contestar: nosotros, los desaparecidos.

—¿Nada más?

—¿Qué quiere usted más? Pero no perdamos el tiempo. ¿Qué sabe la SIP?

—Mucho: que ustedes, los desaparecidos, la están armando muy gorda y que tenemos unas ganas tremendas de echarles la mano encima.

—¿Qué más?

—Nada, más, señora Luvier.

Ella pareció no haber oído su nombre.

—Y ahora viene la pregunta más interesante: ¿Dónde podíamos encontrar al señor Callowan?

—¡Sí que son ustedes curiosos!

—Conteste a mi pregunta.

—No lo sé.

—¿Qué quiere usted decir?

—La verdad. No sé dónde puede estar el señor Callowan, porque... sencillamente, no conozco a ese señor.

La mujer sonrió.

—No se haga usted el tonto, Serveil. Y no nos enfade. Queremos saber dónde está Callowan bajo qué nombre se oculta.

—Demasiadas cosas.

—Es triste que sea usted tan tozudo. ¿Verdad, muchachos?

Le cogieron, por detrás, uno por cada brazo, echándoselos dolorosamente hacia atrás.

Entonces la mujer se levantó, pasando a este lado del despacho. Llevaba en la mano un objeto que Claude identificó inmediatamente: un tubo de labios.

Sonrió, sin poderse contener.

—No irá usted a maquillarme, ¿verdad?

Ella sonrió a su vez, pero de una manera cruel e impersonal.

—Es posible, señor agente..., pero observe que mi maquillaje no es de los corrientes.

Quitó la tapadera del tubo, hizo girar el botón y el extremo rojo surgió del interior, brillante, como Claude lo había visto siempre.

Ella tomó una hoja de sobre la mesa del despacho y pasó el rojo sobre ella. El trazo se dibujó con precisión, pero una especie de nube maloliente surgió del papel.

—¿Bonito, eh? —inquirió ella, con sorna—. Ácido nítrico solidificado y teñido de rojo. ¡Verá usted el efecto que le hace sobre los labios!

El joven no pudo evitar un estremecimiento de cobarde temor.

—¿Dónde se oculta Callowan?

Y como no dijese nada ordenó:

—¡Sujetadle bien!

Los otros dos apretaron su presa, hasta hacerle sentir que los brazos iban a desarticularse. Ella, por su parte, se acercó, cuando uno de los compinches le cogió por el pelo, inmovilizándole la cabeza.

El tubo se acercó a su rostro.

Entonces, desesperado, Claude lanzó ambas piernas hacia adelante, como dos resortes de acero, proyectando a la mujer sobre la mesa, y haciéndola caer al otro lado, arrastrando sillas, con gran estrépito.

No pudo gozar mucho de su obra.

Un golpe, sobre la nuca, le hizo encogerse, súbitamente, mientras se

hundía en un pozo sin fondo...

* * *

El hombre que penetró en el magnífico edificio de la C. E. P. (Compañía de Explotaciones Planetarias) iba correctamente vestido y llevaba una cartera de color beige, con una cremallera verde oscuro.

No tuvo que esperar mucho para ser recibido por el director que, después de estrecharle la mano, le invitó a sentarse en uno de los cómodos y modernos sillones «fisiológicos».

Eran muebles que se adaptaban perfectamente al cuerpo humano y que, dotados de sencillos mandos, se inclinaban o movían de forma a que su ocupante gozase siempre de la máxima comodidad.

El hombre no se anduvo por las ramas:

—Le hemos escrito una carta hace unos días...

—La recuerdo perfectamente.

—¿Está dispuesto a pagar?

—Sí.

Se levantó, yendo hacia la caja de caudales que se disimulaba detrás de un tapiz antiguo. La caja no tenía juego de manetas alguno y el director no tuvo más que colocar su índice derecho en una especie de pequeña depresión para que el cofre se abriese, ya que un cerebro electrónico había, registrado la huella dactilar, la única que podía poner el mecanismo en marcha.

El director de la Compañía de Explotaciones Planetarias había preparado el dinero y no tuvo que contarlos: se limitó a coger los fajos, envueltos en sendas fundas de plástico, y llevarlos a la mesa.

—Ahí tiene —dijo, tras haber cerrado el cofre—. Quince millones de francos.

El visitante los fue colocando en su cartera, que luego cerró.

—Nuestros clientes anteriores —dijo— no supieron la ventaja que tiene el abonar sin recelo la prima de seguros.

—Ya lo sé —repuso el otro.

—Pueden estar ustedes completamente tranquilos. En la Compañía todo marchará como la seda.

—En eso confiamos.

Se estrecharon la mano y el visitante, con una sonrisa de triunfo en los labios, abandonó el despacho, tomando el ascensor que le dejó en el amplio y elegante vestíbulo.

Salió a la calle, dirigiéndose hacia el coche que había dejado en el aparcamiento.

Fue entonces, al ponerlo en marcha y salir por la avenida principal, que vio los dos potentes coches negros, multirreactores, que le seguían.

Frunció el entrecejo.

Había confiado en la buena fe del director de la C. E. P. pero, por lo visto, éste había avisado a la policía. La sonrisa volvió a aparecer en sus delgados labios.

Todo estaba previsto y nada podía fallar esta vez.

Acelerando, logró sacar cierta ventaja a sus perseguidores, doblando una esquina, bastante antes que ellos y entrando en la densa circulación de los Campos Elíseos al mismo tiempo que un coche de color verde se ponía a su lado.

El paso de la cartera de un coche a otro se hizo rápida y limpiamente, sin que nadie se percatase de aquella operación. Una vez recibida la cartera, el vehículo verde torció por la primera calle, dejando al otro, cuyo ocupante comprobó que los dos coches negros seguían detrás de él.

El hombre sonrió con desprecio.

Mientras se alejaba, por la amplia avenida bordeada de árboles, en dirección del espaciódromo, no dejó de mirar un botón rojo que había en el cuadro de mandos.

Luego consulté la hora.

Teñía que darse un poco de prisa si quería llegar a tiempo. Y aceleró, haciendo que el coche se precipitase a una loca carrera, siempre seguido, cada vez más cerca, por los dos coches policiales.

Una vez a la altura del Bosque de Bolonia, tomó la avenida de la derecha, una pista recién hecha y que conducía directamente a los terrenos de donde salían las astronaves hacia las bases recientemente instaladas en Marte y Venus.

Aumentó la velocidad.

Los coches negros le imitaron y el hombre sonrió al comprobar que podían haberle interceptado, pero que, no lo deseaban, prefiriendo saber sus intenciones.

¡Si las supiesen!

Al llegar a la entrada del espaciódromo, el hombre frenó un poco, justo el tiempo para que la barrera electrónica se abriese ante él; después, nada más pasada, hundió el acelerador hasta el fondo. Gimieron los neumáticos al tomar una curva cerrada y el vehículo, al

máximo de su velocidad, penetró en una de las amplias pistas, dirigiéndose a un astrocohetes que estaba ya erguido, preparado para partir.

Oprimió el botón rojo.

Quizá fue en aquel momento cuando sus perseguidores intuyeron algo. Porque, al mismo tiempo que hacían sonar sus poderosas sirenas, aumentaron su marcha al máximo, lanzándose como dos exhalaciones en persecución del otro.

Era demasiado tarde para que le alcanzasen.

Lanzando como un bólido, el coche fue reduciendo la distancia que le separaba de la astronave. Alarmados, los hombres de los puestos de observación del espaciódromo, habían dado la alarma y vehículos contra incendio y ambulancias corrían ya hacia los tres vehículos que parecían coincidir en una misma y fatal trayectoria.

Precipitado como un bólido, el coche del hombre se estrelló contra la base de lanzamiento.

En condiciones normales, el mal, aunque grande, no hubiese constituido ninguna gran catástrofe. Pero el botón rojo que el hombre había oprimido puso en marcha un mecanismo electrónico que articuló las poderosas cargas de explosivos que el vehículo llevaba en su parte delantera, bajo el motor.

La llamarada fue tremenda.

Los dos coches policiales frenaron, al unísono, describiendo una curva forzada e inclinándose peligrosamente de un lado.

La explosión que siguió a la llamarada fue horrenda y toda, la parte inferior de la base se redujo a pedazos, haciendo que el astrocohetes, que ya estaba erguido para el lanzamiento, se desplomase, destrozándose al llegar al suelo.

Una nube densa flotó durante mucho tiempo en el lugar del siniestro.

* * *

Al despertar, Claude permaneció inmóvil, en la nueva estancia donde le habían encerrado.

Y entonces oyó el ruido.

Era como el susurro de una sierra o de algo parecido. Sonaba constantemente, deteniéndose a veces para volver a empezar.

¡Rsssssss...!

Estaba completamente seguro de haberlo oído otras veces, pero no podía recordar dónde y no logró, por muchos esfuerzos que hizo, identificarlo.

Sin embargo, mientras lo oía, le parecía descubrir su origen, ya que le era muy conocido.

¡Rssssss...!

Capítulo VII



PRETÓ los puños y volviéndose hacia el comisario dijo:

—¡Es absurdo! No debió usted intervenir en el caso de la Compañía de Explotaciones Delahaut enrojeciéndose un tanto.

—Creí obrar bien, señor Callowan. Todo estaba preparado y nadie podía suponer que nos hiciesen esa desagradable sorpresa. Creí francamente, que una vez tuviesen el dinero, no harían el tonto.

—¡Pues ya ha visto usted lo que ha ocurrido! Se ha perdido el dinero y la Compañía ha sido castigada como si no hubiera pagado. ¡Ya se habrá dado usted cuenta de cómo estaba el director, hace un rato, cuando nos ha visitado!

—Crea que lo lamento, señor.

—¡Este asunto es desesperante! Pero, como le dije, desde el principio, no tenemos más remedio que esperar. Que vayan pagando, como lo hacen ya las otras, pero no podemos intervenir, porque siempre que lo hacemos resulta una catástrofe.

—¡Es horrible!

—Claro que lo es. Sobre todo que nos encontramos, por vez primera, ante un grupo de criminales que se suicidan tranquilamente antes de caer en nuestras manos. Y vea que siempre hacen lo mismo: se destroran para que no sepamos cuál es el misterio que poseen...

—Los técnicos han vuelto a encontrar platino.

—Ya lo sé. La misma cantidad de siempre. ¡Si supiésemos lo que eso significa!

—También, se filmó la llegada del individuo y ha sido identificado como otro de los desaparecidos... ¡pero con huellas distintas a las de su persona!

—Son muy hábiles y se estén burlando de nosotros.

El comisario parecía angustiado.

—¿No tiene usted ningún plan concreto? —inquirió.

—Muchos, pero todos dependiendo de ciertas cosas que no se han cumplido todavía. Ya ha visto usted que no hay nada que hacer para descubrir dónde se ocultan los desaparecidos. Cada vez que perseguimos a uno, el explosivo entra en escena y no recogemos más que trozos sanguinolentos.

—Es verdad.

—No obstante, no hay que perder las esperanzas.

Yo creía que ocurrían cosas más pronto. Todo estaba preparado; pero, por lo visto, han debido producirse contratiempos imprevistos. Y es natural...

—No le comprendo.

Donald sonrió tristemente.

—Ya me comprenderá, no se preocupe. Hace muchos años que dedico todo mi ser a la lucha contra el crimen, Y aunque este caso es uno de los más difíciles con los que me encontré jamás, saldremos victoriosos... a menos que mis previsiones estén equivocadas. Pero no lo creo.

* * *

El ruido aquel empezaba a obsesionarle.

Pero no había nada que hacer.

Parecía como si su memoria se burlase de él, como esas veces que se tiene, una palabra «en la punta de la lengua» y no se logra recordarla, aunque uno está seguro de conocerla.

¡Rsssss...!

Durante casi todo el día, el ruido siguió penetrando en su cerebro; después, al hacerse de noche, la luz que entraba por un minúsculo ventanillo se oscureció al tiempo que se encendía la indirecta y el ruido cesó de obsesionarle.

Fue mucho después, nadie había venido a verle durante el día y se había limitado a calmar su sed en el grifo que había en la habitación, cuando la puerta se abrió.

¡Y apareció Duval!

El periodista no llevaba arma alguna y una sonrisa amistosa flotaba en sus labios.

Claude le miró con patente desconfianza, sin ninguna clase de simpatía, como si se tratase de un extraño, de un enemigo.

—¡Hola, Claude!

Y como el joven agente no contestase, tranquilizó:

—He venido como amigo, Claude. Ya sé que no puedes creerme, después de lo ocurrido.

—No tengo nada que oír de ti.

—Haces mal. Tienes que comprender que ellos me vigilaban y que tuve que obedecerles y hasta golpearte para demostrarles que les era adicto. Ahora es diferente.

—¿Por qué?

—Porque vengo a sacarte de aquí.

Una luz de desconfianza brilló en las pupilas de Serveil.

—No me crees, ¿verdad? —inquirió el otro. Y después de un suspiro —. Es natural, pero voy a demostrarte mi buena fe. Ellos se han ido.

—¿Quiénes son ellos? —se interesó Claude.

—Los jefes, los responsables de todo esto. Y para demostrarte que no te engaño, te enseñaré todo antes de salir de aquí. ¡Será un triunfo para ti, Claude!

Claude dijo:

—No puedo creerte.

—Ven conmigo, entonces. Conocerás el secreto de los desaparecidos y podrás informar a tu jefe de haber descubierto toda la verdad.

Claude estaba hecho un lío.

Por una parte, su intuición le empujaba a desconfiar de cuanto se le propusiese; pero, por la otra, la posibilidad de descubrirlo todo era demasiada fuerte para ser rechazada.

Además, ¿qué podía pasar si le engañaban?

Si hubieran querido quitarle de en medio, haría ya muchísimo tiempo que habría muerto. Por lo tanto, nada se perdía concediendo un margen de confianza al periodista.

—¿Crees en mí? —inquirió Henri, con una luz de esperanza en las

pupilas.

—No tengo más remedio, Duval. A pesar de todo, sigues siendo mi amigo. Y si una acción extraña pesa sobre ti, haciéndote diferente, para mí no has cambiado.

—No hay nada que me haga diferente, Claude. Y pronto te lo demostraré. Vamos.

Salieron de la celda, situada como pensaba Serveil en el primer piso. Duval le hizo recorrer un largo pasillo, subir una nueva escalera y desembocar, finalmente, en una estancia enorme.

Nada más entrar, Claude lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ahora comprendo!

—¿El qué?

—Todo el día he estado oyendo un sonido conocido sin poder identificarlo. ¡Ahora ya sé qué era!

—¿Sí?

—¡Míralo! Era la fresa de un dentista. ¡Dios Santo y cuánto he luchado por recordarlo, sin lograr absolutamente nada!

—Comprendo. Aquí es donde se preparan los desaparecidos.

—¿Qué quieres decir?

—Mira. Pasemos a esa habitación contigua.

Lo hicieron y Claude vio a dos personas, un hombre y una mujer, dormidos profundamente sobre una cama.

—¿Qué hacen aquí? —inquinó.

—Acaban de ser operados.

—¿Operados?

—Sí, acércate.

Se aproximaron al cuerpo de la mujer y Duval abrió la boca, haciendo que su compañero observase en su interior, viendo en lo más profundo del paladar, entre restos sanguinolentos, una pieza metálica que brillaba.

—¿Qué es eso?

—Una cápsula de platino que contiene un aparato de transmisión, conectado con el cerebro de esta mujer. Cuando despierte, se habrá convertido en una especie de autómata, alguien que no podrá dejar de obedecer cuantas órdenes reciba.

—¿De quién?

—De los jefes.

—Ahora comprendo. Todos los desaparecidos han pasado a formar

parte, de una manera inconsciente, de una banda de criminales fanáticos, dispuestos a matarse antes de descubrir su secreto. ¿No es así?

Duval dijo:

—Así es, en efecto.

Hubo una pausa.

—¿Y lo de las huellas dactilares cambiadas?

Henri movió la cabeza de un lado para otro.

—Eso no lo sé, amigo mío. No me han revelado ese secreto.

—Comprendo.

Y después de un nuevo silencio quiso saber:

—¿Dónde estamos, Henri?

—En la calle Flaubert: en casa de un dentista famoso, el doctor Roger.

—¿Es él el jefe?

—Uno de ellos. Hay otro, del que he oído hablar, pero al que no he visto nunca.

—¡Qué canallas!

—Tienes razón. Ahora ya te he demostrado que obraba lealmente, Claude.

—Te lo agradezco.

—Lo que tenemos que hacer es irnos cuanto antes de aquí. Tienes que informar a tu jefe.

—Sí, es lo más importante.

Salieron, guiando siempre Duval, que parecía conocer la casa como si fuese la suya propia. Una vez en la calle, habían salido por la pequeña puertecilla por la que entró el agente, se dirigieron hacia donde Claude había dejado dos días antes su coche.

—Lo malo —dijo Claude, una vez en marcha— es que no conozco la dirección de Callowan.

—¿Cómo es eso?

Serveil sonrió y volviéndose hacia el periodista dijo:

—Es culpa tuya, Henri. Publicaste aquel artículo y me «quemaste», como decimos entre nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que un agente descubierto está prácticamente eliminado. El secreto de nuestra identidad es nuestra mejor arma.

—Comprendo.

—Y ahora que recuerdo... ¿Quién fue el gracioso que te dijo que yo pertenecía a la SIP?

El otro sonrió frunciendo el entrecejo.

Duval dijo:

—Recibí una carta en la que un desconocido me daba la noticia. Naturalmente, en aquel momento, no pensé más que en darte fama y nombre.

—¡Metiste bien la, pata!

—Perdóname.

—Eso ya no tiene importancia. No pensemos más en ello. Lo interesante es encontrar a Callowan lo más pronto posible.

—¿Cómo lo lograremos?

—No lo sé...

Siguió conduciendo, deteniéndose en un café, donde tomó alguna cosa, ya que no había comido hacía muchas horas. Al terminar, cuando encendía el cigarrillo dijo:

—Creo que no habrá más remedio que telefonar a Delahaut.

—¿El comisario general?

—Sí. El es el vínculo que mantiene contacto con Callowan. Le diré que lo hemos descubierto todo. No puede negarse a escucharnos.

—Eso es lo que pienso yo.

Claude telefoneó al comisario, quien le prometió hablar con Callowan.

—Llámeme otra vez a las nueve, señor Serveil. Creo que a esa hora podré darle noticias concretas.

—Muchas gracias.

Pasaron el resto del tiempo charlando de cosas antiguas, de partidas de billar que habían hecho. La amistad volvió a cerrar sus lasos alrededor de los dos jóvenes.

Fue entonces cuando Claude recordó algo muy importante.

—¡Qué estúpido soy! Se me olvidaba algo.

—¿El qué?

—Tú visitaste a Monique, aquella chica del laboratorio de Tellier, ¿verdad?

—Sí.

—¿No te dio nada?

—Un cuaderno con anotaciones de química.

—No se lo habrás entregado a ellos, ¿eh?

Duval bajó la cabeza.

—No tuve más remedio, Claude. Era la única manera de poder ganarme su confianza.

Serveil se encogió de hombros.

—Bueno, después de todo y como van las cosas, ya no tiene tanta importancia, y puesto que lo recuperaremos. ¿Qué contenía el cuaderno?

—Ya te lo he dicho: fórmulas muy complicadas para mí. De todos modos, cuando el doctor Roger lo leyó, dijo que era muy importante y que había algo de cuya existencia sospechaba.

—¿Dijo lo que era?

—Sí, aunque de una forma muy vaga. Parece ser que el profesor Tellier había logrado aislar una sustancia tóxica de muchísima potencia: algo que podía mezclarse con cualquier bebida sin que nadie notase nada. Un centímetro cúbico en un millón de litros de agua, por ejemplo, eran capaces de intoxicar mortal —mente a un millón de personas o más.

—¡Ahora comprendo la importancia de ese cuaderno! No sé cómo Monique cometió el error de entregártelo.

—Tenía confianza, en mí y miedo de que la policía le preguntase por qué lo había guardado.

—Ya me lo dijo. De todos modos, debías haberlo entregado tú.

—Iba a hacerlo, cuando me cogieron. Al ordenarme que te cazase, diciendo que no te conocía y despertando tu curiosidad, pensé que el cuaderno pedía ser una magnífica carta en mis manos. Así ha sido en efecto, ya que gracias a él me han concedido la confianza que yo necesitaba para, liberarte.

Claude sonrió.

—¡Nunca pensé que mi amigo Duval se pusiese a jugar a los policías!

—No te rías de mí. Estoy deseando que todo esto acabe y que las cosas vuelvan a la normalidad.

—Todo va a arreglarse.

Había llegado la hora de llamar al comisario y Claude fue al visófono. Momentos después, la imagen de Delahaut estaba en La pantalla.

—¿Ha podido hablar con Callowan, señor? —inquirió el joven.

—Sí. Le dije de lo que se trataba y estaba muy contento.

Claude se sintió feliz.

—¿Puedo verle entonces?

—Naturalmente. Ha alquilado un hotelito en Courvevoi, en los alrededores de la ciudad.

—Ya sé dónde está.

—La finca de su jefe está en el Quai de Chantal, número once, junto al Sena.

—Bien. Iremos ahora mismo.

—Me alegro mucho de que haya conseguido lo que nosotros no hemos logrado.

Serveil enrojeció un poco.

—Ha sido pura casualidad, señor comisario.

—Sea lo que sea, lo importante es terminar, cuanto antes, con este enojoso asunto.

—Pronta estará acabado.

—Así lo espero. Adiós, señor Serveil.

—Adiós, comisario.

Apagó la pantalla y fue en busca de su amigo.

—¡En marcha, Duval!

Atravesaron París, tomando la dirección norte hasta penetrar en la aglomeración de Courvevoi. Poco después, el vehículo de Claude se detenía ante la, casa cuyo número coincidía con el que lo había dado Delahaut.

Era un hotelito de un solo piso, con un jardín minúsculo ante la fachada: el lugar ideal para pasar desapercibido.

Atravesaron la verja y llegaron ante la puerta de entrada. Pulsaron el timbre.

La voz de Donald llegó hasta ellos.

—¡Adelante! La puerta está entornada.

La empujaron y penetraron en el interior. Un pequeño, hall y al fondo, al otro lado de una puerta de dos hojas, completamente abierta, un pequeño despacho.

Detrás de la mesa, Donald Callowan, con un puro en la boca, sonriente como de costumbre.

—¡Hola, muchachos! —exclamó.

Entonces, antes de que Claude comprendiese lo que pasaba, Duval sacó una pistola y disparó contra el jefe de la SIP, que se desplomó pesadamente sobre la mesa.

Una mancha sanguinolenta brotó de su cuerpo, corriendo sobre el

plástico que cubría el despacho.

Capítulo VIII



A pesar de la tremenda sorpresa y del terror que la acción de Duval le produjo, la cólera se desencadenó en él como un tifón salvaje, como algo que nada ni nadie pudiese detener.

Por eso, con el canto de la mano, propinó un golpe terrible en la nuca de Henri, haciéndale caer de bruces, sin conocimiento.

—¡Canalla! —rugió.

Luego se precipitó hacia Callowan, cuyo cuerpo seguía manando sangre en abundancia.

Pero, en aquel momento, a su espalda se oyó:

—No te preocupes, muchacho.

Se volvió, como si le hubiese picado una víbora.

¡Donald Callowan, sonriente, estaba ante él!

Miró al cuerpo que yacía sobre el despacho, sin comprender; luego volvió los ojos hacia el «otro» Callowan.

—¡He debido de volverme loco!

—No, amigo mío. Nada de eso. Luego te explicaré. Por el momento, lo que nos interesa es que la comedia continúe.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ahora, verás.

Se agachó, cogiendo la pistola que Duval había soltado al caer.

Rápidamente cambió los cartuchos, colocando unos que había sacado del bolsillo. Después, volviéndose a Serveil dijo:

—Escucha bien. Vamos a apoyarle contra la pared, dejándole de pie para que acabe de recuperarse enseguida. Tú le sujetarás y cuando despierte le preguntarás por qué ha tirado sobre mí.

—¿Qué pasará entonces?

—Que, como le dejaremos la pistola en la mano, volverá ál hacer uso de ella.

—¿Contra mí?

—Sí. Tú no tienes más que hacer el muerto.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Luego hablaremos.

Donald desapareció, después de colocar a Duval contra la pared.

Claude le sujetaba.

Poco a poco, Henri volvió en sí, mirando extrañamente a su alrededor. La memoria fue volviendo a su cerebro lentamente.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—Te he golpeado —repuso Claude. ¿Es que te has vuelto loco? ¡Has matado a Callowan!

Una sonrisa apareció en los labios del periodista.

—Ahora recuerdo.

Y haciéndose bruscamente a un lado, ya había recuperado la totalidad de sus fuerzas, apuntó a Claude, con la pistola que Donald le había vuelto a colocar en la mano.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Serveil, simulando un terror que casi sentía.

—¡Matarte!

Y oprimió el gatillo.

Las detonaciones destrozaron el silencio y Serveil, siguiendo las instrucciones de su jefe, se dejó caer al suelo, quedando inmóvil.

Duval abandonó la habitación.

El ruido del motor de su coche demostró a Claude, que seguía en el suelo con los ojos cerrados, que Donald había dejado escapar a Henri.

¿Por qué?

No comprendía absolutamente nada y cuando su jefe entró y él se incorporó, miró a Donald con una expresión interrogativa.

—¿Qué tal te ha sentado hacer un poco el muerto? —inquirió el otro.

—¡Duval se ha escapado!

—Naturalmente.

—¿Por qué ha dejado que se fuese?

—Porque era lo que teníamos que hacer. Siéntate. Voy a darte un trago. Creo que lo necesitas.

Y señalando al Callowan «muerto» explicó:

—No creo que te impresione un simple muñeco de cera. Tuvieron que trabajar toda la noche para montar las vejigas de anilina en su interior.

Claude se dejó caer en su sillón.

—Si me explicase un poco lo ocurrido —dijo—, me sentiría menos idiotizado.

—En seguida. Toma esto antes.

Serveil se bebió el vaso de un solo trago, aceptando después el cigarrillo que su jefe le daba.

Esté encendió un habano.

—Ya recordarás que estábamos completamente desorientados respecto a este asunto. No sabíamos nada y nada hubiéramos sabido de no haber jugarlo fuerte. Por eso pensé que debía emplearte.

—¿Cómo?

—Descubriendo tu personalidad. Escribí una carta a Duval y él, obedeciendo a una reacción lógica de amistad, te hizo una propaganda que me convenía mucho.

—¡Ah!, ¿fue usted?

—Sí. La segunda jugada fue la de hacer intervenir a la señorita Remy. Hice que ésta telefonease a Duval, solicitando que él fuese al laboratorio. Y le entregó un cuaderno... falso.

—¿Eh?

—Sí. Después de tú visitar a la muchacha, fui yo a verla y me entregó el cuaderno del profesor Tellier. Aquello, me dio la idea de tender una trampa a nuestros enemigos. Deseaba que te cogiesen; pero, al mismo tiempo, quería que Duval cayese también en poder de la banda. Cuando uno de los desaparecidos habló con Henri, éste le dijo lo del cuaderno, obedeciendo mis órdenes. Poco después desaparecía.

Donald frunció el entrecejo.

—No tuve más remedio que utilizar a Duval... y lo haré hasta el final.

—¿Qué quiere decir?

—Que Duval es hoy un desaparecido como los otros.

—¿Operado?

—Ahora tienes que ser tú quien se explique.

Y Claude lo hizo.

Relató a su jefe todo lo que había visto y cuando terminó, vio que una sonrisa iluminaba el rostro de Donald.

—Debí imaginarme algo parecido. Ahora, con tus descubrimientos sabemos a qué atenernos. Ya comprenderás que tu amigo el periodista había sido también operado como los otros.

—Es verdad.

—Por lo que voy sabiendo, esos aparatos de platino ponen en contacto la mente del que lo lleva incrustado en la base del cerebro con el que dirige esa mente. De esa manera, el «desaparecido» no piensa en absoluto, repitiendo, lo que el otro le dicta desde lejos.

»Por eso, Duval obedeció las instrucciones que su amo le daba, engañándote fácilmente, ya que para que cayeses en la trampa te descubrió gran parte de los secretos de la banda. Era la única manera de que diceses crédito a sus palabras y no sospechases de sus verdaderas intenciones.

Claude dijo:

—Se expuso a mucho.

—No lo creas. Sabía que ibas a morir.

—Pero yo le golpeé.

—Ésa fue la falla que cometió. Creyó que te quedarías helado de terror y que tendría tiempo de volverse contra ti. Claro que yo estaba al otro lado de la habitación, con la pistola dispuesta.

»Si desaparecí de tu vista fue para convencerte de que debías trabajar solo. Y, además, imaginándome lo que iba a ocurrir, ya que la banda se interesaba, sobre todo, por quitarme de en medio, prefería obligarte a que me buscaras, dándome tiempo a montar esta comedia.

—Ahora lo comprendo todo.

—Conocemos, en estos momentos, muchísimas cosas y estamos, por fin, preparados para ir disponiendo nuestro ataque.

—Yo sé dónde se encuentra, el Cuartel General de la banda.

—Sí, ya me lo has dicho. En la casa de ese dentista llamado Roger, pero no te emociones.

—¿Por qué?

—Porque no son tan tontos como crees. Todo depende de Duval. Si

llega allí y su informe es completo; es decir, que el que le dirigía está satisfecho de lo que el periodista ha hecho, podremos dar el golpe definitivo dentro de las doce próximas horas.

El teléfono sonó en aquel instante.

Descolgando el combinado, Donald escuchó atentamente, haciendo signos afirmativos con la cabeza; después, cuando hubo colgado, dijo:

—Ya ves que las cosas no salen nunca como creemos.

—¿Qué ha pasado?

Donald dijo:

—Duval ha muerto.

—¿Eh? ¿Se ha matado como los otros?

—No. Un estúpido accidente: un camión ha arrollado tu coche y el periodista ha dejado de existir. Muerte fulminante.

—¿Le seguían?

—Sí, pero no como lo hacía Delahaut hasta ahora. Henri no sabía que le seguíamos. Por eso, lo ocurrido no es más que un accidente, Claro que lo que derive de esto puede favoreceremos si...

Se detuvo unos segundos; después, dándose una palmada en la frente exclamó:

—¡Ya lo tengo!

Y se precipitó al teléfono.

* * *

El vehículo, de un tipo moderno y superlujoso, se detuvo, a sesenta kilómetros de París, ante la entrada de la magnífica finca que habitaba, casi todo el año, Paúl Regal, el hombre que había sido jefe del gobierno durante tres lustros y a quien las últimas elecciones habían derrocado definitivamente.

El coche penetró en la senda arenosa, avanzando lentamente entre los altos árboles, enclavados en medio de un césped primorosamente cuidado. Al fondo, después de un corto trayecto, se hizo visible la mansión, completamente blanca, con sus torreones a estilo antiguo pero dotada de todo lo que la técnica moderna había proporcionado a la humanidad.

Se detuvo el auto junto a la escalinata de mármol y los dos hombres descendieron, al tiempo que un criado, primorosamente uniformado, corría a su encuentro.

—El señor Regal nos espera —dijo uno de ellos.

El criado les introdujo en un salón lujoso, conduciéndoles después, sobre alfombras densas, hasta una puerta en la que llamó quedamente. Instantes más tarde, penetraban en un despacho descomunal, con una mesa de dimensiones enormes, tras la que estaba sentado Paúl Regal.

Era un hombre que había dejado detrás los cincuenta, pero que se conservaba admirablemente bien. Sus cabellos plateados estaban desordenadamente ondulados, prestándole un aspecto juvenil. Y sus ojos azules brillaban con una intensidad verdaderamente extraordinaria.

—Tengan la amabilidad de sentarse, señores.

Y cuando lo hubieron hecho dijo, dirigiéndose al criado:

—Gerard, sírvenos de beber.

Esperaron hasta que el ayuda de cámara desapareció, cerrando silenciosamente la puerta tras él.

Después, Paúl, con una sonrisa en los labios dijo:

—Encontré muy interesante su carta.

—Nos alegramos mucho —dijo uno de ellos—. También recibimos la suya, fijando esta entrevista.

—Perfecto. Lo que deseo ahora son ciertas aclaraciones.

—Las que usted quiera.

Hubo una pausa.

—En su escrito —dijo después el político—, ustedes me proponen volver al poder. Dicen poseer un arma secreta lo suficientemente potente para derrocar a mis adversarios.

—Así es.

—¿De qué se trata?

—De una sustancia tóxica que, en pequeñas cantidades, puede obrar sobre la población. Naturalmente, manejada con cuidado no produce muertes, pero sí intoxicaciones bastante graves.

—¿Cómo la utilizarían?

—En el agua. Basta una cantidad pequeña para infestar los conductos de una ciudad como París. En doce horas, el número de intoxicados podría llegar muy bien a dos millones.

—¿Han pensado en los filtros electrónicos?

—Sí. Esa sustancia los atraviesa fácilmente. Tampoco puede ser descubierta por los detectores de infrarrojos.

—Veo que han estudiado bien el asunto.

—Así es. La campaña podría empezar enseguida. Un gobierno que no protege a la población de una ciudad como París no puede

mantenerse en el poder ni cuarenta y ocho horas. Usted, en el momento preciso, aparecería y solucionaría el asunto.

—Muy interesante... ¿Y qué piden a cambio de esa curiosa ayuda electoral?

—Mil millones al mes.

—¿No es... demasiado?

—No. Algunos impuestos sobre el agua y su pureza, garantizada, pueden mantenerle a usted en el poder indefinidamente. ¿No es eso lo que desea?

Paúl entornó los ojos.

—Sí, eso es lo que ansío. Cuando se ha dirigido un país durante tanto tiempo como yo lo he hecho, no sienta bien que le echen a uno fuera. Se acostumbra uno a mandar y la vida no es posible fuera del Elíseo.

—Usted tiene la palabra, señor Regal.

Hubo una larga pausa.

Paúl lo sopesaba todo, los pros y los contras, estudiando algo de lo que, en realidad, estaba ya decidido.

—Acepto. ¿Cuándo empezarán las intoxicaciones?

—Mañana.

—No quiero víctimas, ¿está claro?

—No las habrá. Usted puede dar principio a su campaña pasado mañana.... ¿Qué le parece?

—Estupendo.

Se estrecharon la mano y los dos hombres abandonaron la suntuosa mansión, volviendo a su coche. Poco después, el vehículo, a toda marcha, tomaba el camino de París.

* * *

Callowan encendió un cigarrillo.

—Ya has visto —dijo a Claude— que los pájaros han volado, era de esperar. En cuanto Duval no llegó, se olieron «la tostada» y abandonaron el edificio donde estuviste encerrado.

—¿No se ha dado publicidad al accidente?

—Sí, pero ellos no se fían.

—¿Qué haremos ahora?

—Empezar a actuar. Dentro de un rato, en cuanto se haga de noche,

saldremos para París. Nos espera Delahaut en la Sala de Disección de la policía.

—¿Están examinando a Henri?

—Sí.

Y al ver el gesto del agente aclaró:

—Ya sé que todo esto ha tenido que dolerte, pero sabes que no ha sido nuestra la culpa. Yo quería librar a Duval, aun empleándole, para salvarle después, Pero el destino se ha interpuesto.

—Lo sé.

—Tampoco quiero ocultarte que ha sido una suerte que le haya ocurrido ese accidente. Porque, gracias a él, si podemos emplear lo que sepamos, daremos la última batalla.

—Ellos mismos descubrirán su juego. ¿No es así, Duval?

—En efecto.

Charlaron de mil cosas más, preparando el plan de ataque y contentos de poder, por fin, pasar a la ofensiva.

Como ocurría siempre con sus agentes, Claude se maravilló de la intuición de Callowan, comprendiendo fácilmente su fama. Su plan, al emplearle, utilizando también al desdichado Duval, había sido magnífico.

Y «ellos», fuesen quienes fuesen, sentirían pronto el peso de la mano de la Ley.

Al oscurecer, abandonaron la casa, junto al Sena, en el coche que Donald tenía en un garaje vecino. Guiándolo personalmente, el jefe de la SIP se dirigió directamente a la Morgue de la Policía, penetrando en las heladas salas donde se hacía la autopsia a cuantos cadáveres se encontraban abandonados en la ciudad o en las aguas del río.

Un grupo de profesores estaba esperando alrededor de los restos mortales de Henry Duval.

Habían realizado una disección a fondo, sobre todo craneal y los dos recién llegados pudieron ver la minúscula caja de platino que había sobre una mesa auxiliar.

Donald estrecho la mano de Delahaut, que estaba presente, rogando después a uno de los médicos que le hablase de lo que había visto.

—La cajita de platino —explicó el doctor— estaba fijada al esfenoides, por debajo de la silla turca, pero con conexiones delicadas con todo el cerebro. El qué la ha calculado demuestra ser un verdadero maestro en cirugía.

—¿Y esas conexiones?

—Son delicados hilos que penetran en el cerebro, sin dañar la sustancia gris. Hemos logrado aislarlos, dejándolos junto a la caja, a pesar de su extraordinaria finura.

Otros hombres entraron y a un gesto de Donald se llevaron la caja.

—Entonces —inquirió el jefe de la SIP—, ¿qué misión tenían esos hilos metálicos? Porque supongo que eran de platino.

—Sí, eran de platino. Su misión, según nos parece, es anular eléctricamente el trabajo normal del cerebro, produciendo una especie de hipnosis física.

—Comprendo. Ahora no falta más que el informe de los físicos.

Capítulo

IX



OS técnicos físicos tardaron cerca de ocho horas en reaparecer. Delahaut, junto a los dos hombres de la SIP, había ido a su despacho, donde cómodamente sentados, pero impacientes, esperaban la llegada de los físicos.

Uno de ellos, el jefe del equipo, dijo:

—La caja de platino contenía el receptor-emisor más maravilloso que hayamos visto jamás. Dotado de un dispositivo T. V., permitía que la persona a la escucha pudiese «ver» las imágenes que el que llevaba el aparato contemplaba.

—¡Es fantástico!

—Al mismo tiempo, gracias a los hilos que anulaban la voluntad del paciente, el otro podía hacer que éste hablase, expresando las ideas que le iba transmitiendo.

—¿Puede haber posibilidad de curar a esos hombres, o la intervención les ha destrozado cerebralmente de una manera definitiva?

—Yo creo —repuso el técnico— que una vez arrancado el dispositivo, el sujeto puede volvía a ser lo que era, aunque tardará bastante en recuperarse.

—Perfectamente. Otra pregunta... ¿Cómo es posible que el otro viese las imágenes que contemplaban los ojos del paciente?

—Ya se lo he dicho antes: gracias a un aparato de televisión de

tamaño casi microscópico. Una verdadera maravilla técnica. Los ojos enviaban las imágenes al cerebro, pero eran interceptadas por el aparato que las transmitía con una fidelidad completa.

—Comprendo. Así podían ellos saber lo que pasaba alrededor del que llevaba la placa.

—Eso es. Y no sólo en imagen. Dos de los hilos estaban conectados a los nervios auditivos, de forma que también oían lo que oía el sujeto.

—Muchas gracias, señores. Lo que ahora deseo, a la máxima velocidad, es que me determinen la longitud de onda utilizada en esos aparatos y un dispositivo para determinar su presencia.

—No será nada difícil.

—De acuerdo. En cuanto lo tengan montado, entréguenlo al comisario general. Y hagan, por lo menos, medio centenar de detectores, Empleen cuantos especialistas sean necesarios.

—Bien.

Los técnicos salieron y Callowan encendió un habano.

Era la prueba de que estaba contento.

Poco, después, el visófono del comisario se iluminó, y Delahaut habló unos instantes con uno de sus agentes.

—Se han declarado seiscientos casos de intoxicación por agua —dijo.

Donald sonrió.

—Bien. Todo marcha a pedir de boca.

Y se recostó en el sillón, con los ojos entornados.

* * *

Los rotativos del día siguiente se hicieron eco de las primeras declaraciones del ex-presidente de gobierno Paúl Regal. Los términos en que se expresaba estaban abarrotados de una crítica implacable sobre la negligencia de las autoridades y el ejemplo de los casos de intoxicados era utilizado sin piedad.

Aquella misma noche, Paúl Regal se había trasladado a París, la televisión se ocupó de él y millones de franceses, europeos y americanos escucharon sus duras palabras.

El caso del agua fue calificado como «atentado público número uno» y ocupó, con preferencia, las imaginas principales de todos los periódicos y las horas claves de las emisiones de TV.

La guerra estaba declarada.

Callowan, que había visitado al jefe del Gobierno, horas antes de que se declarasen los primeros casos de intoxicación por el agua, envió e hizo enviar, desde distintos organismos oficiales, un buen centenar de telegramas, airados.

Después volvió junto a Delahaut.

En cuanto a Claude, al que se había confiado una misión especial, iba en un coche de la policía, junto al aparato de radio-televisión, a la cabeza de seiscientos coches que recorrían la ciudad en todas direcciones.

Cada uno de aquellos vehículos estaba dotado de un radiogoniómetro especial, dentro de un margen de ondas preestablecidas y cuya antena minúscula giraba rápidamente sobre el techo.

¡La caza de los desaparecidos!

Coches-ambulancias seguían un itinerario previsto, pendientes de las llamadas de otros vehículos.

Nunca, había sentido Claude una emoción igual que aquel día. Sentado junto al conductor y con un plano móvil de París, conectado al vehículo y que mostraba el camino que recorrían, empezó muy temprano, moviéndose de un lado para otro, esperando noticias, ya que no confiaba en ser el primero en descubrir un «hombre sin alma», como los había llamado Callowan.

... Sin embargo, hacia el mediodía, el encargado del radiogoniómetro le tocó en la espalda.

—¿Qué hay?

—Señales.

—¿En qué dirección?

—Dos, seis, cinco.

Serveil dio instrucciones al conductor y el vehículo se movió hacia el sector que el técnico había, precisado.

Se trataba de una ancha avenida, por la que la gente deambulaba de un lado para otro, formando grupos y discutiendo de los problemas que el agua estaba planteando. Los bares estaban llenos, ya que el público prefería consumir bebidas en las que el agua no tuviese ningún papel.

Los camareros no daban abasto.

Parecía, desde la presentación de los primeros casos, que la sed había aumentado.

Todos los atacados por la intoxicación habían sido, sacados de sus domicilios y conducidos a los grandes hospitales de la periferia, que

estaban vigilados por fuertes contingentes de policía.

Mirando a todo aquel gentío, Claude se preguntó dónde podría estar el hombre que buscaban. Volviéndose, vio al especialista que manejaba sus aparatos; orientando la doble antena hacia el lugar de donde le llegaban las emisiones.

Finalmente, y por indicación del técnico, el auto se detuvo junto a la acera, no lejos de un grupo de mujeres que discutían acaloradamente.

Hasta ellos llegaron algunas de las palabras de las comadres.

—¡No hay derecho!

—¡Claro que no! ¿Qué garantías nos dan?

—Nadie se atreve a topar un grifo...

—¿Es que quieren envenenarnos?

Una de ellas, alta y de aspecto distinguido, hizo un gesto con la mano, reclamando silencio.

—Todo puede arreglarse —dijo, con voz clara—. En cuanto Regal se haga cargo del Gobierno, el agua volverá a ser potable y las cosas marcharán bien.

El técnico tocó el hombro de Claude.

—Ésa es —dijo.

—¿La que ha hablado?

—Sí.

La mujer había logrado encender los ánimos y cuando todo estuvo a punto, mientras las otras hablaban ya de hacer una manifestación contra el Gobierno, se alejó cruzando la calle.

—¡Ahora! —ordenó Serveil.

Descendió, seguido del conductor, corriendo hacia la mujer, a la que cogieron del brazo antes que ella pudiese hacer nada, sobre todo abrir el bolso que era lo que intentaba.

La llevaron al vehículo.

—¡Vámonos de aquí! Esas fieras se nos van a echar encima.

En efecto, creyendo que detenían a la mujer que había hablado claro y culpado a los gobernantes, las otras corrieron hacia el coche. Pero el chófer, con una hábil maniobra, logró escapar, corriendo hacia otra avenida.

Habían colocado unas esposas a la mujer y Claude registró el bolso, sacando un objeto negro y reluciente.

—Una bomba —dijo.

La mujer le miraba con odio.

Entonces, el técnico, cumpliendo la instrucciones había recibido, la, atacó por detrás, colocando un trapo embebido en cloroformo que adormeció a la prisionera en pocos instantes.

Poco después se detenían en un hospital que había sido señalado para todos los casos de «desaparecidos» recuperados.

Claude se alegró de saber que habían capturado ya una docena.

Los quirófanos trabajaban a toda velocidad y había ya algunos que habían sido operados, arrancándoles de la base del cerebro aquellas famosas cajitas de platino.

Durante todo el día y parte de la noche, sin concederse ningún descanso, Claude consiguió llevar cinco más al hospital, enterándose de que los otros vehículos habían aportado gran número de prisioneros.

Los cirujanos trabajaban por turno, sin descanso.

Había que desconectar a aquellos desgraciados, cuanto antes, del poder maléfico que les dominaba. O, como había dicho Callowan: «hay que dejar ciegos y sordos a los promotores.

Sólo así podían poner en práctica, el segundo acto de su plan.

* * *

Acercándose a la ventana, Roger de Soisons echó una ojeada al Sena que, a media docena de metros de la fachada de la casa lamía el reborde pétreo de la muralla que servía de frontera entre el río y el minúsculo jardín posterior.

Malmaison se extendía, a ambos lados del río, en un conjunto de hotelitos de los más variados estilos.

Habían elegido aquel lugar cuando la lógica les invitó a escapar de la casa donde Roger tenía su consulta de odontólogo. El accidente de Duval les había puesto en guardia y prefirieron salir de esa zona que la policía podía llegar a conocer.

Ahora era distinto.

Las preocupaciones habían entrado en un orden diferente, inesperado, que hacían que en aquel momento estuviese hondamente arrugada la frente amplia de Roger y hubiese un tic nervioso en las delgadas manos de Pierre Lanson, sentado detrás de su compañero, ante un vaso de coñac, a cuyos dorados reflejos irisaba la luz de un sol de atardecer.

Volviéndose, Roger contempló a su amigo en silencio, durante unos segundos; después comentó:

—Es inútil esperar más, ¿verdad?

Pierre tenía un complejo casco sobre la cabeza del que salían multitud de hilos, forrados en plástico de distinto color, y que iban a desaparecer a un aparato de gran tamaño que había a un lado del sillón que ocupaba.

Por unos momentos, Roger pensó que el otro no le había oído; pero al ver que se quitaba el casco, dejándolo sobre la mesa y que acababa el coñac que quedaba en el vaso, de un solo trago, se esperó que dijese algo.

Lanson carraspeó:

—He perdido el contacto con todos ellos —explicó luego, señalando el casco—. No lo comprendo.

—Quizás hayamos cometido una equivocación al lanzarlos a soliviantar a la gente.

El otro denegó con la cabeza.

—No lo creo. El caso de esa mujer, que fue detenida después de enfurecer a la multitud, no significa nada, pero en ese caso fue cuando vi...

—¿El qué?

—No estoy seguro, pero me pareció ver el rostro de ese Serveil.

—¡Es imposible!

—Ya lo sé, pero hubiese jurado que la imagen que me transmitieron los ojos de esa mujer era la de ese agente de la SIP.

—Te repito que es imposible, Lanson. Yo estaba a la escucha cuando actuó Duval y te aseguro que no podemos dudar de la muerte de Callowan y del agente... ¡Si vi salir la sangre, a borbotones, del cuerpo de ese cerdo!

Pierre movió nuevamente la cabeza.

—No sé... Me lo has contado muchas veces, pero hubo un espacio vacío, cuando Claude golpeó a Henri...

—¿Y eso qué? Fue la única equivocación nuestra. No contábamos con una acción tan rápida de Serveil. Estábamos plenamente convencidos de que se quedaría tan helado, al ver morir a su jefe, dando tiempo al periodista para que disparase contra él.

—Hubo dos minutos de paréntesis —insistió el otro—. Dos minutos en los que no pudiste oír ni ver nada.

—Pero luego vi caer a Claude, bajo las balas del revólver de Duval... ¡No sé por qué dudas tanto! Yo estoy completamente convencido de que esos dos han muerto.

—¿Y cómo explicas entonces que nuestros hombres no nos respondan?

—No lo sé, pero...

—Fíjate en que hemos perdido el contacto como si hubiesen muerto. Si hubieran caído prisioneros o estuviesen encerrados, tendríamos comunicación con sus cerebros. Y lo más curioso es que parece como si se hubieran desvanecido antes de silenciarse, como si les hubieran golpeado o anestesiado.

—Y si así hubiera ocurrido, ¿qué puede importarnos?

El otro no elijo nada y Roger siguió hablando:

—Ninguno de ellos puede denunciarnos, ya que obran automáticamente, como robots. Si la policía los ha descubierto y hasta, si quieres, les han operado, quitándoles el aparato del cerebro, volverán a ser los mismos de antes, pero no recordarán absolutamente nada.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué tomarlo tan a lo trágico?

—Yo no hago más que ceñirme a los hechos y no perder contacto con la realidad.

—¡Bah! Lo interesante es lo que se está desarrollando en la ciudad, en el país entero, en estos momentos. No siendo necesario verter más sustancia, de esa en los depósitos de agua, cosa que podría ser peligrosa para uno de nosotros, ya que no hay duda de que estarán vigilados estrechamente, el resto está a nuestro favor.

»Fíjate en el ambiente de la TV y de la prensa. Todo el mundo reclama a Paúl, Y no dudes que subirá al Gobierno dentro de poco, lo que colmará todas nuestras ambiciones. Con él en la cúspide, podremos reorganizar nuestro equipo, aumentarlo y explotar el país a nuestro antojo.

»Haremos más “amnésicos” y controlaremos las grandes compañías, las empresas importantes, como hemos empezado a hacerlo. Lo interesante era deshacerse de esos mocosos de la SIP, y eso ya lo hemos logrado.

—Me gustaría ser tan optimista como tú.

—¿De qué desconfías?

—De todo,

—¿Incluso de Paul?

—Es posible. Ha prometido mucho y demasiado fácilmente.

—¿Y qué? Si no cumple, lo haremos desaparecer.

—¿Cómo?

—Enviándole un buen emisario, con una carga de explosivo en el bolsillo... como hicimos con aquel tipo de la «FranKola».

—Todo eso es muy bonito, pero creó que olvidas que hemos abandonado todo el material de cirugía y que sólo pudimos traernos el transmisor.

—Iremos a por todos los aparatos.

—¿Y si la policía, se ha apoderado de ellas?

Roger se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—No se puede llegar a nada con un tipo como tú, Pierre. Lo ves todo negro y no hay quien te saque de tus cuarenta.

—No creo que irás a creer que deseo, que todo se estropee... ¡Bien al contrario! Pero hay cosas que no acaban de gustarme.

—Yo no sé lo que puedas creer y dejar de creer, Pierre. Pero te aseguro que, por mi parte, estoy dispuesto a aprovechar todo lo que tanto nos ha costado. Y, si es necesario, y no pudiésemos hacer más amnésicos, iría yo mismo a sacar el dinero que Paul nos ha prometido.

—¡Estás loco!

—No, no lo estoy. Significa mucho para nosotros el obtener el triunfo que hemos ido preparando. ¡Imagínate! Ser, sin gobernar, los dueños absolutos de un país, controlar sus riquezas y vivir como jamás soñamos hacerlo.

Pierre entornó los ojos.

—Esa fue nuestra ilusión al asociarnos. En esta civilización, las leyes han cambiarlo. Antes era superior el más fuerte, ahora lo es el más inteligente.

—Y nosotros lo somos, amigo mío. Hemos sido capaces de montar el asunto más importante, del siglo. Nos hemos reído de la policía, de la SIP, hemos hecho pesar nuestra autoridad sobre los directores de los más importantes negocios, tenemos muchos cientos de millones de francos, ganados con una facilidad extraordinaria. Ya has visto que después lo ocurrido al director de la «FranKola» y del accidente del monorail, todo el mundo pagaba sin rechistar. La mina, había sido descubierta y no hacía falta más que extraer de ella lo que quisiésemos.

—Es verdad —convino Pierre.

—El que nuestros amnésicos hayan sido destruidos no constituye más que un revés desagradable, cierto, pero no irreparable. En toda batalla hay momentos buenos y malos. Pero el resultado es lo que cuenta. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Sí, lo estoy.

—No es ahora, precisamente ahora, cuando todo nos va bien, el momento de dejarse llevar por estúpidas vacilaciones, por temores infantiles. Por el contrario: hay que actuar con decisión y ganar este último combate.

—Creo que tienes razón.

Y se estrecharon la mano, con fuerza.

Capítulo

X



ONALD se volvió hacia Claude.

—Ya podemos explicarnos lo de las huellas.

El joven, cansado aún de noche la noche de patrulla que acababa de terminar, reaccionó frunciendo el entrecejo.

—¿Cómo?. ¿Ya se sabe?

—Sí. Al principio, a medida que esos desdichados fueron llegando a los hospitales que habíamos preparado para ellos, los cirujanos no se preocuparon, como era natural, más que de extirparles la cajita de platino. Eran mis instrucciones, ya que convenía desconectarlos de «la emisora central».

—¿No pudo hacerse nada para encontrar el emplazamiento de la emisora?

—No. Son listos, Claude. Y en cuanto anestesiarnos a sus autómatas vivos, dejaron de transmitir. Desde luego, la policía ocupó el local donde te tuvieron encerrado y se han descubierto un montón de cosas muy interesantes.

—¿Y lo de las huellas?

—A eso voy. Cuando terminaron de ser extraídas las cajas de platino de todos los pacientes, cosa que se ha hecho formidablemente bien, fui a uno de los Hospitales, obsesionado por lo de las huellas. Gracias a las que poseíamos, pude comprobar la identidad de unos cuantos; pero,

como de costumbre, las huellas no coincidían con los rostros... Tuve que echar mano de un verdadero sabio en cirugía, el profesor Dullot. ¡Verdaderamente es formidable!

—¿El qué?

—El truco. Se descubrieron pequeñas cicatrices en las articulaciones del codo de todos los desaparecidos. ¿Saben lo que habían hecho?

—No.

—Agárrate, Claude... ¡Cambiarles de brazos!

—¿Eh?

—Lo que estás oyendo. Cogieron los brazos de uno y los adaptaron a otro. De esa manera las huellas no podían coincidir nunca con el aspecto de la persona con la que tenían que coincidir. ¿Recuerdas aquella señora a la que hicimos ver la película de su supuesto marido, cuando mataron al director de la «FranKola»?

—Sí.

—¿Cómo queríamos que la pobre mujer reconociese a su esposo, si aquel tipo no lo era? Aquel hombre era un desconocido..., ¡con los brazos del marido de aquella señora!

—¡Es horrible!

—Y fantástico. El que ha hecho esto es un maestro en cirugía. Y cuando el profesor Dullot descubrió lo ocurrido dijo, sin poderlo remediar, que no había más que un hombre capaz de hacer aquellas cosas.

—¿Quién?

—Un tal Pierre Lanson. Fue alumno de Dullot hace ocho años y el profesor se vio maravillado por la audacia del joven cirujano. Parece ser que le gustaba trasplantar miembros y que gozaba, en los cadáveres, haciendo verdaderas fantasías.

—Esa quiere decir que Lanson es el culpable.

—Uno de ellos. No olvides el dentista. También conocemos su nombre, por los documentos que hemos encontrado en la casa donde te tuvieron encerrado: se llama Roger de Soisons y es un antiguo aristócrata, de una casa venida a menos, un ambicioso que no deseaba vivir en un ambiente mediocre y que quería volver a ser poderoso e importante.

—Nunca hubiera creído lo de los brazos. En fin, por lo visto no nos queda más que buscar a esos dos individuos.

—Ésa es nuestra labor inmediata, en efecto. Pero no creas que va a ser sencillo.

—¿Tiene usted alguna idea?

Donald sonrió.

—No es una cosa que me falte, muchacho. Claro que tengo varias. Pero la que puede servirnos es, al mismo tiempo, la que puede echarlo todo abajo. ¡Como ocurre siempre!

—¿Entro yo en ese plan?

—¡Naturalmente! Ya sé que no has descansado mucho; pero, por esta vez, tendrás que hacer de tripas corazón. Prepárate, nos vamos.

—De acuerdo.

* * *

Paúl Regal se pasó la mano por sus ensortijados cabellos.

—Tengo que descansar —dijo a su secretario—. No puedo más.

—Lo comprendo, señor.

—Habrá que cancelar las conferencias de prensa y televisión para mañana —sonrió—. Ya hemos logrado avanzar bastante y no creo que por unas horas de sueño, vaya a mermar la importancia pública que hemos conseguido.

—Indudablemente, señor —repaso el otro, sonriendo también—. No hay quien nos quite el triunfo.

Regal dijo:

—Ha sido la campaña más extraña y maravillosa que he hecho jamás.

Fue en aquel momento cuando el teléfono de la conserjería de la casa se dejó oír.

El secretario se precipitó.

—¿Diga?

—Aquí hay dos señores que desean ver al señor Regal. —Dijo el conserje.

—Lo lamento. El señor Regal ha cancelado todas sus visitas. Se encuentra muy fatigado y...

—Perdone, pero estos señores dicen que es importantísimo y que se trata de un trámite oficial que no puede esperar.

—Pregunte quiénes son.

Paul, que escuchaba por el auricular auxiliar, frunció el ceño.

Por un momento, se imaginó que serían «ellos»; pero le extrañaba muchísimo, ya que en la última visita le habían dado un número de

teléfono para que llamase en caso de urgencia y sólo en ese caso.

—Es la policía, señor.

—¿La policía?

El secretario miró a su jefe interrogativamente. Y éste hizo un gesto de asentimiento, no exento de fastidio.

—Diga a esos señores que pueden subir, Marcel.

—Bien, señor.

Colgó el secretario y preguntó:

—¿Le dejo, señor?

—¡De ninguna manera! Su presencia hará que la entrevista sea más corta. ¿Qué diablos querrá la policía ahora?

En aquel momento, alguien golpeó a La puerta y el secretario fue apresuradamente a abrir.

Callowan y Serveil entraron en la estancia.

Dispuesto a demostrar su ya creciente importancia, Regal no les ofreció siquiera un asiento.

Y con un tono áspero de voz dijo:

—Ustedes dirán, señores.

Donald miró al secretario.

—Quisiéramos hablar a solas con usted, señor Regal.

—Mi secretario conoce todos mis asuntos y puede quedarse.

Callowan sonrió.

—Como usted quiera.

Y después de una pausa se presentó:

—Soy Donald Callowan, de la SIP. Y éste es mi agente en Francia.

Paul parpadeó un poco.

—¿De la SIP?

—Eso es. Lo que tenemos que decirle es muy corto y muy claro. No podemos permitirnos perder nuestro tiempo, que es más precioso que el suyo.

Hablaba con dureza, mirando fijamente a los ojos del político.

—Se ha dejado usted arrastrar, señor Regal, por una conspiración criminal de las más bajas que jamás han existido.

—¿Cómo se atreve?

—¡Déjese de bobadas! Lo conocemos todo y sólo deseamos que nos diga cómo puede comunicarse con esos amigos suyos que le han preparado este golpe teatral.

—No sé de lo que me está hablando.

—Está bien; se lo explicaré más claramente: usted ha escuchado los cantos de sirena de dos de los más grandes criminales que se hayan visto nunca. Le prometieron intoxicar el agua de la ciudad y...

Paul gritó:

—¡Es intolerable!

—¡Cállese! Esos tipos se apoderaron de un cuaderno de notas del profesor Tellier; es decir, creyeron apoderarse, ya que el cuaderno que llegó a sus, manos lo fabriqué yo mismo, después de consultar a un grupo de químicos de primera categoría. Eso quiere decir, señor Regal, que las aguas de la ciudad no han sido intoxicadas nunca y que la sustancia que esos criminales vertieron en los depósitos era completamente inofensiva.

—¡Eso sí es cierto! Hay centenares de parisinos hospitalizados!

Donald sonrió.

—Naturalmente. Pero si hubiese usted sido un poco inteligente, se hubiera dado cuenta de que las personas hospitalizadas son todas familia, de empleados públicos, a los que se les rogó se prestasen a la farsa: mujeres e hijos de policías, de agentes de tráfico y de ciertos empleados de los ministerios.

El rostro de Regal estaba blanco como el papel.

—Todo el falso andamiaje en que se basaba su campaña política puede venirse abajo en pocos instantes. Hemos dejado que la televisión y la prensa hablasen para que no solamente usted, señor Regal, sino los otros confiaran, un poco. Ahora terminó. —Necesito encontrarlos.

Paul parecía agotado.

Fue entonces cuando el secretario, que apenas comprendía nada, se interpuso.

—¡No se preocupe usted, señor! ¡Voy a echar a estos indeseables ahora mismo!

No dijo más.

El puño derecho de Claude salió lanzado, chocando con la mandíbula del flamante secretario, que cayó al suelo, tendido tan largo como era.

—Le he hecho una pregunta, Paul —insistió Donald.

Regal levantó la cabeza.

Parecía haber envejecido diez años en aquellos segundos.

—¿Y qué pasará conmigo?

—Se irá del país. Haremos lo posible para ahogar el escándalo.

Usted tiene suficientes medios de fortuna para poder vivir tranquilamente lejos de Francia. Normalmente, si se hubiese negado, a ayudarnos, obligándonos a emplear otros medios, hubiese sido juzgado junto a los otros. Pero yo no esperaba una postura tan suicida en un hombre político como usted.

Una sonrisa triste entreabrió apenas los delgados labios de Regal.

—Me han dado un número de teléfono.

—Llámelos y cítelos aquí, con urgencia.

—¿Y si envían a alguien?

—No tema. Esos dos granujas se han quedado completamente solos.

—Y volviéndose al Claude añadió—: Saca a ese tipo de aquí y déjalo, bien atado, en cualquier habitación. ¿Cargaste el revólver como te dije?

—Sí.

—Está bien. —Y mirando a Regal conminó—: Ya puede telefonar, amigo mío

* * *

Roger detuvo el coche ante la casa del político. Al frenar, se volvió hacia su amigo.

—¿Te das cuenta de que las cosas van bien?

—Sí. No esperaba que Regal nos llamase para comunicarnos buenas y excelentes noticias.

—Eres un pesimista inveterado.

—Lo que ocurre es que desconfío de todo. He vivido, como sabes, miserablemente. Tú eres distinto..., vienes de una familia importante y la vida, en cierto modo, te sonrió siempre.

—Como quieras. ¿Vamos?

Penetraron en el edificio, siendo recibidos por el conserje, que les comunicó que les esperaban.

—El señor ha cancelado todas las demás visitas —dijo.

Naturalmente, había sido prevenido y adiestrado por Claude.

Poco después, los dos hombres penetraban en el despacho de Regal. Éste, detrás de la imponente mesa, les sonrió, un tanto forzosamente.

Se sentaron y encendieron sendos cigarrillos.

—¿Contento, amigo Regal? —inquirió Roger.

—Bastante. Aunque han surgido algunas dificultades.

—¿Cuáles?

—Mis enemigos políticos dicen que he sido yo quien ha intoxicado las aguas.

—¡Es una estupidez que no pueden demostrar!

—Parece ser que los hombres de ustedes que lo hicieron han sido detenidos y han declarado.

Roger lanzó una carcajada.

—¡Qué divertido! ¿Lo has oído, Pierre?

—Esos hombres no pueden declarar nada, señor Regal —dijo Lanson

—. Es completamente imposible.

—Pues es lo que me ha comunicado el señor Callowan, el jefe de la SIP.

—¿Eh?

Se miraron el uno al otro, como si acabasen de oír algo completamente fuera de toda lógica.

—¿Está usted seguro de que ha sido Callowan quien le ha visitado?

Hubo una pausa.

Y, en aquel momento, de una manera sincronizada, dos puertas se abrieron, a ambos lados del despacho, apareciendo Donald y Claude.

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó el primero—. Ya ven ustedes que los muertos suelen ser, al menos, bien educados.

—¡Callowan!

—¡Serveil!

—Eso es, amigos míos. Los dos hombres que Duval asesinó..., por órdenes suyas.

Roger estaba como clavado en su asiento; pero Pierre, más impetuoso, echó mano a su bolsillo, logrando sacar una pistola.

Las detonaciones rasgaron el silencio.

Pero fueron las producidas por la pistola de Claude, que había hecho fuego contra los dos hombres, con una puntería envidiable.

Los dos delincuentes se desplomaron.

Pálido como la muerte, Regal miró al agente.

—¿Cómo? ¿Los ha matado?

—No tema —repuso Donald—; se trata de proyectiles anestésicos..., una nueva técnica policial. ¿Me cree usted tan loco como para evitar que estos dos granujas sean juzgados? Por fortuna, la guillotina sigue funcionando en Francia.

EPILOGO

Claude detuvo el coche, su nuevo coche, junto a la floristería. Compró allí un ramo de claveles y volvió al vehículo, siguiendo la avenida casi hasta el final.

Lo aparcó en la plaza.

Al descender del vehículo, antes de cruzar la plaza, echó una ojeada al edificio que ocupaba casi la totalidad de la parte opuesta.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIOQUÍMICAS

Sonrió.

Después, cruzando con decisión, penetró en el edificio y se dirigió hacia el despacho situado a la derecha del hall. El ruido de una máquina de escribir aumentó a medida que se acercaba a la puerta de cristal, que estaba abierta.

—Buenos días.

Monique levantó la cabeza, llevándose la mano a la boca, para contener el grito de sorpresa que pugnaba por salir de sus labios.

—¡Usted! —dijo al fin.

—Sí, yo. ¿Sorprendida?

—Un... poco.

Y después de un corto silencio —él había escondido las flores a su espalda— empezó:

—No sabe usted, señor Serveil...

—Antes me llamaba Claude.

—Sí. No sabe usted, Claude, lo que siento haberle tenido que engañar; pero su jefe, digo el señor Callowan...

—Ya lo sé. Suya es la culpa y todo eso está ya olvidado. ¿Mucho trabajo?

—Un poco.

Sacó el ramo y se lo ofreció.

—¡Qué lindos son!

Se había levantado y los llevó a un florero, quitando algunas rosas marchitas que había allí.

—¿Qué hace usted ahora?

—Pasando unos informes para el nuevo director, el profesor Menier.

—¿Le ayudo?

Ella sonrió.

—Como usted quiera, Claude.

—De acuerdo. Voy a dictarle.

Cogió los papeles que ella estaba copiando y después de fruncir el entrecejo empezó:

—... La solución de la iso-pro-di-fenil-iso-pirazolona... después de sometida a la acción del 2-metil-3-iso-propil-alanobitínico... Bueno, ¿pero qué es este galimatías?

Había dejado los papeles sobre la mesa.

—¿Cómo es posible que una mujer como usted pueda vivir entre tantos «isos» y «pros» y «propiles»... ¿No se ha mirado nunca a un espejo, Monique?

Ella rio.

—¡Deje eso para una vieja con lentes, que lea a Moliere por la noche! ¡La invito a comer! ¿Vale? Ya verá usted qué cosas más buenas nos van a dar sin necesidad de saber cuántos «butíricos» contienen...





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

NO LEA USTED EL PROXIMO NUMERO DE ESTA COLECCION... si se queda solo en casa. Lealo acompañado y con el ánimo alerta, porque

BANDA DE TELEPATAS

es un escalofriante relato de W. SAMPAS, que le pondrá los pelos de punta.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.